

RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

TITHEMY. The Tablets and Nodules in Linear B from Tiryns, Thebes and Mycenae. A Revised Transliteration by JOSÉ L. MELENA & JEAN-PIERRE OLIVIER. Suplementos a *Minos*, 12. Ediciones Universidad Salamanca / Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1991, 97 pp.

Se reúnen en este volumen las tablillas y nódulos de Tirinte, Tebas y Micenas, excepción hecha de las inscripciones pintadas sobre vasos cuya naturaleza, distinta de los textos incisos sobre arcilla, las hace acreedoras de una edición especial como, por otro lado, se ha hecho hasta ahora¹. De cualquier manera, y ya que hablamos de esos textos, no queremos desaprovechar la ocasión para solicitar, una vez más, de la bien probada paciencia y entrega de los epigrafistas del micénico, de quienes los Profs. Melena y Olivier son paradigma, una edición de estas inscripciones que actualice la mencionada de Sacconi ya que el tiempo transcurrido desde su aparición así lo autoriza.

El libro que vamos a comentar supone la sexta edición para las inscripciones de Micenas, la cuarta para las de Tebas y la primera para las de Tirinte cuyos textos, hasta la fecha, habían sido editados en diferentes artículos. Ahora se ofrecen reunidos y actualizados en sus lecturas; resultado, unas veces, de un examen más detenido de los mismos², otras de la realización de las sempiternas junturas o *raccords*. Además, y en el caso de Tebas, debe destacarse la inclusión de los nódulos recientemente publicados³.

Abre el volumen un prólogo en el que de manera sucinta se advierte acerca de las peculiaridades de la edición en cuanto a las reglas seguidas en la misma, nuevas lecturas, *raccords*, concordancias y escribas, para acabar con la mención expresa de

¹ A. Sacconi, *Corpus delle iscrizioni vascolari in lineare B*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1974.

² Es el caso, por ejemplo, de la antigua lectura del numeral]1030[de TI A1 7 + ...). 2 [-] que suponía un número de individuos harto considerable (v. L. Godart, «Autour des textes en linéaire B de Tirynthe», *Ausgrabungen in Tiryns*, 1982/83, p. 245) y que pasa ahora a leerse, de modo mucho más razonable, como] V̄I R̄ 30[.

³ Ch. Piteros, J.-P. Olivier y J. L. Melena, «Les inscriptions en linéaire B des nodules de Thèbes (1982): La fouille, les documents, les possibilités d'interprétation», *BCH* 114, 1990, pp. 103-184.

su reconocimiento a cuantos han facilitado su labor. Como datos más relevantes que se ofrecen en este prólogo podemos destacar: la identificación de los ideogramas *134 (que figuraba en anteriores ediciones en MY Ge 610.1.2.3.4) y *190, según evidencian los nódulos tebanos⁴. Ahora desaparece el ideograma *134, en beneficio del *190, cuya frecuencia es mucho más alta. Por lo que respecta a los escribas se identifica la mano [65] como autor de los nódulos de Micenas Wt 501-507. Por otra parte, se atribuyen los números [301], [302] y [303] a los escribas tebanos ya individualizados anteriormente por Godart y Sacconi⁵.

Seguidamente, se ofrecen las concordancias correspondientes a los textos de cada archivo, con su correspondiente aparato crítico, siguiendo las normas ya acuñadas en *KT V*⁶. A este respecto cabe señalar una pequeña innovación, se ha aumentado el grosor del «punto entre corchetes», siguiendo la norma ya iniciada en el citado artículo sobre los nódulos tebanos. De cada texto se ofrece, además del mismo y su aparato crítico, su serie, número, abreviatura del museo en que se encuentra, número de inventario y mano.

Finaliza el libro con los *Indices*, en los que se relacionan las palabras y su referencia; los términos con silabogramas no transcritos; los términos con signos no identificados; abreviaturas acrofónicas e ideogramas y, por último, marcas de control. A los *Indices* les siguen dos apéndices; el primero es un catálogo de *fragmenta*, enumerando el segundo los *raccords* no publicados previamente a la edición. Se cierra con dos tablas donde se reproducen normalizados los silabogramas e ideogramas que aparecen en los textos.

Se trata, en suma, de una obra en la que se refleja, una vez más, la minuciosidad y el buen hacer a que nos tienen acostumbrados, desde hace tanto tiempo, sus autores, merecedores del agradecimiento de cuantos nos dedicamos a estos textos.

F. AURA JORRO

CALÍMACO.—*Hécale*. Edición revisada, traducida y comentario por J. G. MONTES CALA. Universidad de Cádiz, s.d. [1989], 302 pp.

De la *Hécale* calimaquea salieron casi simultáneamente las ediciones de Montes Cala y de A. S. Hollis (Oxford 1990), que no pueden ser más dispares en sus planteamientos metodológicos. En la segunda es esencial el estudio crítico del texto y su detallado comentario; en la de Montes el texto importa sobre todo en cuanto materia argumental, en torno a la cual se procede a un estudio esencialmente literario. Los resultados son, como es natural, muy diferentes, pero complementarios, y el lector de esta obra puede considerarse hoy muy afortunado por tener a su disposición la suma de estos dos esfuerzos. Del texto de Montes se deduce que su autor no tenía conocimiento de la tarea que simultáneamente llevaba a cabo Hollis, y éste no cita a Montes, prueba evidente de que no tuvo, estando en imprenta la suya, noticia al-

⁴ Para una completa explicación de esta identidad v. Ch. Piteros, J.-P. Olivier y J. L. Melena, art. cit., p. 163 s.

⁵ L. Godart-A. Sacconi, *Les tablettes en linéaire B de Thèbes*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1978, p. 103.

⁶ *The Knossos Tablets. A Transliteration*, Fifth Edition by J. T. Killen & J.-P. Olivier, Suplemento 11 a *Minos*, Salamanca-Vitoria 1989.

guna de la publicación, sólo unos meses antes, de esta otra edición. A su vez, ambos pudieron ya disponer de materiales papiráceos y de análisis que no estuvieron aún al alcance de Pfeiffer, así como del útil compendio de estos nuevos medios en el *Supplementum Hellenisticum*.

Desde la perspectiva de sus propias y estrictas aportaciones, el trabajo de Montes tiene, pues, una parte de interés prioritario y más ambiciosa, la del examen literario del texto, y otra, evidentemente secundaria en los fines del autor, que es la edición (revisada), y el lector ha de enjuiciarlo asumiendo ese mismo criterio. Y así, el que eche en falta que un cierto número de fragmentos, en su mayoría los más breves y precarios, y bastantes muy inciertos, aunque también algunos como el 278 o el 299 Pf. (99 y 116 Hollis) de mayor entidad, no sean recogidos, debe entenderlo (y sobre ello se le previene en p. 11) como justificado porque su inserción no hubiera contribuido a establecer con más nitidez la línea argumental del poema. Otra cosa es que tal justificación le satisfaga, y es casi seguro que aun así seguirá pensando que tales fragmentos debieron ser recogidos al menos en un apéndice. También el lector puede echar en falta un *Index uerborum* puesto al día, del que en cambio sí dispone en la edición de Hollis, y cuya ausencia puede tener idéntica justificación. La ordenación de los fragmentos, con un total sólo de 75, es el hilo conductor de todo el trabajo de Montes y en este terreno es sin duda mucho lo que ha arriesgado, puesto que, si hay partes del poema que hoy pueden seguirse con cierta seguridad, sobre otras no hay por ahora certidumbre alguna. Por otro lado, hay fragmentos, y su núm. 20 (291 Pf., 113 Hollis) puede servir de perfecta muestra, que aun siendo relativamente significativos en su texto no apuntan a un momento claro del argumento; es más, en este caso concreto, la ubicación en el «momento del día en que Teseo partió de Atenas» (p. 99) no es muy convincente y ha sido forzada por la interpretación que ya diera Pfeiffer del texto como indicador cronológico, con total desprecio de la enseñanza que podría extraerse de las citas de Tzetzes. Digamos, sin embargo, en descargo de Montes, que ésta ha sido la conducta más habitual de los estudiosos de *Hécale*. Tampoco se entiende muy bien por qué distanciar los frs. 2 (66 Hollis) y 26 (65 Hollis), cuando, aunque su ubicación sea discutible, parece más lógica su asociación. No obstante, los aciertos en la ordenación de los textos, dentro del evidente riesgo, son muchos, como lo son, por citar unos ejemplos, la decantación, con nuevas y atractivas sugerencias, hacia la propuesta de Gentili (cf. ahora Hollis, p. 225 s.) de explicar el episodio de las aves en función de la noticia de la muerte de Hécale e inclinarse a la vez hacia la identificación del interlocutor de la corneja con una lechuza como potencial mensajero de esa misma noticia, precisamente (p. 195) con Teseo como destinatario, frente a otras opiniones menos recomendables y con argumentos que se anticipan eficazmente a las reservas de Hollis, o la muy oportuna identificación del hombre «de Afidnas» del fr. 47 (42.2 Hollis) con el esposo de Hécale, con argumentos que asumo como impecables. Digamos de paso que también Hollis, sin conocer esta defensa, ha hecho suya tal identificación, y que, contra su muy extrema reserva ante las conjeturas, en este fr. concreto Montes acoge y con toda razón unos suplementos de Pfeiffer (aquí con alguna errata), que, creo, todavía nadie ha mejorado. En cuanto a la traducción del texto, un punto este de gran dificultad por el carácter tan fragmentario del poema y en el que Montes ha sido en general muy acertado, podemos hacer notar sin embargo algún leve desliz, como ocurre en su fr. 45 (255 Pf., 42.1 Hollis), en que *δινομένην* no es 'removida' sino '(trillada) en círculos' (cf. la equivalencia *παρουμένην* en la *Suda* y la nota correspondiente de Hollis). Y debe decirse, de paso, que Montes también comete un «anacronismo» en este

mismo fragmento, puesto que previamente ya Bartoletti había propuesto su unión con el fr. 47 (cf. 285 del *SH* y 42 Hollis) a partir de la información proporcionada por el *PSI* 133, unión que hoy puede darse prácticamente por segura. En el terreno de la edición, pues, hay aspectos de detalle con los que hoy puede no estarse de acuerdo, pero la metodología empleada es correcta y los resultados, dentro de las particulares miras del propio editor, son en general muy positivos.

El estudio literario tiene dos secciones, la una dedicada al examen de los sucesivos episodios que se deducen de los textos y naturalmente del apoyo de la breve *diegesis*, y la otra, de examen global, a la composición del poema como pieza épica. Los episodios son contemplados desde la perspectiva, totalmente razonable, de la imitación homérica. En el caso de la escena de las aves, aparentemente tan ajena a Homero, confirma sin embargo que su estructura digresiva la emparenta con dos discursos igualmente digresivos (de Néstor y de Fénix) de la *Iliada*, cuyo núcleo es un *exemplum* paradigmático. Respecto a la segunda sección, un punto clave es el de la extensión del poema, y esto tanto por su repercusión en el tema composicional, como por su relación con la polémica temática del «libro poético» y con la no menos polémica cuestión de la *ὀλιγοστιχίη* calimaquea. Una cuestión en que el autor está muy cercano a las ideas que he sustentado en trabajos recientes y que van contra una consideración simplista de las cifras de versos de los poemas épicos poscalimaqueos y también contra los defensores a ultranza de la vieja tesis de Ziegler. Y, en fin, igualmente son perspicaces y eruditos sus análisis de las nociones de «episodio» y de «digresión etiológica».

En resumen, un libro muy sugerente y sin duda excelente prueba de la madurez, no tan esperada en una obra primeriza, de un joven investigador que ya desde aquella fecha nos ha dado otras muestras de su buen quehacer filológico. Algunas pocas erratas y descuidos (la falta de la n. 208 en p. 200 llama la atención) no enturbian esta impresión favorable.

MÁXIMO BRIOSO SÁNCHEZ

MOSCHUS. — *Europa*. Edited with Introduction and Commentary by MALCOLM CAMPBELL. *Altertumswissenschaftliche Texte und Studien*, 19. Hildesheim-Zurich-Nueva York, Olms-Weidmann, 1991, 144 pp.

Dado que la *Europa* de Mosco contaba ya con la magnífica edición con comentario de W. Bühler, relativamente reciente (1960), Campbell ha sentido la necesidad de justificar el nuevo trabajo e indica que su intención es facilitar a los universitarios de habla inglesa con dificultades para acceder al estudio de Bühler, la lectura y comprensión del poema con ayudas adicionales como el hecho de que los autores elegidos para las citas ilustrativas sean conocidos y accesibles o que, en ocasiones, se dé incluso la traducción de estas citas. La breve bibliografía inicial, en inglés casi toda ella, o el texto griego sin aparato crítico podrían hacer pensar que, efectivamente, el trabajo de Campbell se ciñe a la intención expresada en su prefacio. Es ésta, sin embargo, una impresión engañosa. No se trata, ni mucho menos, de un comentario escolar como cabría esperar. En realidad, si se quiere comprender y valorar adecuadamente esta obra, es necesario conocer no sólo la de Bühler, a la que se remite y se alude con inevitable frecuencia, sino también los numerosos trabajos aparecidos des-

de entonces, que Campbell conoce muy bien, con los que en ocasiones polemiza, y que cita con toda precisión en su comentario.

El texto griego carece, como hemos indicado, de aparato crítico. Una breve nota envía para cuestiones de tradición manuscrita y crítica textual a la edición de Bühler, y para las aportaciones aparecidas con posterioridad al Appendix B del *Index verborum in Moschum et Bionem*, Hildesheim-Zurich-Nueva York 1987, pp. 92-93, confeccionado por el mismo Campbell. Aparte de variantes de puntuación (vv. 1, 5, 140) poco relevantes y de una cuestión de detalle (86) fundamentada en razones, subjetivas, de expresividad sonora, el texto de Campbell sólo difiere en seis pasajes del de Bühler. En tres de ellos desaparecen las *cruces*: 77, en el que *δη γάρ* de los códices da, efectivamente, sentido; 83, en el que se acepta una conjetura propuesta por el propio Bühler en su comentario; y 127, donde la interpretación de Campbell no es convincente. Además, en v. 14 conserva *ελvai* de los manuscritos frente a la conjetura de Ahrens *ελο*, aceptada por Bühler; en 82 escribe razonablemente *ἐνιβόσκειται* siguiendo una sugerencia de Pfeiffer y en 166 prefiere *τέκνα τίκτε* de parte de la transmisión a *τέκε τέκνα*.

Por lo que respecta al comentario, repite inevitablemente mucho de lo que ya está en el de Bühler. A veces se resiente de un afán excesivo por la concisión, patente en las constantes referencias cruzadas para evitar repeticiones, pero que dificulta en ocasiones la inmediata comprensión de lo que se intenta explicar (p. ej., v. 74 sobre *ὡς... ὡς*). De todos modos, se trata, sin lugar a dudas, de un buen comentario, que será útil no sólo a los estudiantes. Las múltiples y valiosas citas bibliográficas abren al lector la posibilidad de satisfacer su curiosidad en investigaciones ulteriores.

Existe, sin embargo, una llamativa diferencia entre los comentarios de Bühler y de Campbell: en éste hay una marcada insistencia en interpretaciones eróticas, especialmente en la escena del encuentro de Europa con el toro, pero también en otros muchos pasajes, cf., p. ej., su interpretación del verso 127, etc. El gusto alejandrino por la ambigüedad y los juegos de palabras no debe minusvalorarse, pero mucho me temo que los propios poetas quedarían altamente sorprendidos con algunas de las interpretaciones modernas de sus versos.

M. T. MOLINOS TEJADA

Q. ORAZIO FLACCO. — *Le opere. I. Le Odi, il Carme Secolare, gli Epodi*, volumen I, tomos 1 y 2. Roma, Libreria dello Stato, 1991, 1018 pp.

Éste es el primer volumen de la colección «Antiquitas perennis», inaugurada por la Libreria dello Stato; y en él se fijan las pautas a seguir en las sucesivas publicaciones de dicha colección. «Ciascun volume — dice Scevola Mariotti, director de la misma, que hace la presentación de la obra — affidato a uno o più esperti, comprenderà un'introduzione storico-filologica, il testo criticamente costituito con un apparato essenziale, una traduzione letteraria e un commento scientificamente aggiornato». En el presente caso la introducción corre a cargo del recientemente desaparecido Francesco Della Corte («Orazio come lirico», pp. 6-91), el texto ha sido fijado por Paola Venini, la traducción se debe a Luca Canali y el comentario, finalmente, a Elisa Romano: una labor de conjunto que ha sido extraordinariamente bien coordinada.

La introducción —tal y como se declara que está programado en la colección— es básicamente de carácter histórico y sigue el itinerario biográfico del poeta en paralelo a su actividad como poeta lírico: son páginas verdaderamente magistrales, de grata y fácil lectura al tiempo que repletas de muy actualizada información y que han de estimarse con el miramiento que se debe a las obras póstumas. Las notas se reservan únicamente para depósito de bibliografía sobre cada una de las cuestiones tratadas, supliéndose así, de algún modo, la ausencia en el volumen de una bibliografía general.

El texto es equilibrado —según ya lo define S. Mariotti en la presentación—, lejos de todo exceso innovador y de todo conservadurismo obstinado. Aun así, hay casos como el de *Carm.* III 20, 8 en el que creo que puede mantenerse bien la lectura *illi* de los códices frente a la conjetura *illa* de Peerlkamp (*praeda maior* es, evidentemente, Nearco, y el grado comparativo del adjetivo se explica si tenemos en cuenta las *obstantis iuuenum cateruas* entre las que destaca el joven —al que precisamente se califica de *insignis*— que serían el segundo término, implícito, de la comparación; pero, además, podría explicarse dicha forma como una conservación del valor original, puramente intensivo, del sufijo *-ior*).

La traducción es correcta y elegante; se mantiene la división versal del original, aunque los versos resultantes nada o poco tengan que ver con el ritmo y la extensión de los originales (empresa esta de fidelidad estricta al ritmo del original que, por lo que yo puedo juzgar, entraña casi inevitablemente —aunque siempre hay gloriosas excepciones— oscuridades en el texto resultante, menoscabos del contenido y violencia a la lengua traductora).

Elisa Romano ha realizado en el comentario una obra espléndida. Es más extenso y detenido que el de Plessis y el de Kiessling-Heinze; algo menos abundante que el de Nisbet-Hubbard a los dos primeros libros de las *Odas*, pero con la ventaja de ser completo; riguroso y preciso, próximo muchas veces al de Orelli-Baiter, y con la también ventaja de su actualización; esa actualización se evidencia, por ejemplo, en la atención invariable que se dedica a la cuestión de la estructura o arquitectura, en cuya indagación la bibliografía horaciana moderna —como se sabe— se ha demorado particularmente, sobre todo a raíz del libro de Collinge. La exégesis de cada poema se encabeza con una sumaria bibliografía sobre el mismo y con una visión general, que atiende principalmente, además de a las cuestiones de datación y referencias históricas, a las de estructura —como decíamos—, tópica literaria, *Quellenforschung* y métrica (completando así, con este análisis interno de los textos, la visión más externa del lirismo horaciano que se daba en la introducción); y sigue a continuación la usual explicación, según el orden versal, de aquellas palabras o secuencias que lo requieren, aduciendo, como es lo propio, gran copia de textos paralelos.

Del presente volumen lo más útil será, sin duda, este comentario, que se contiene en el tomo segundo; en el primero se recoge a su vez la introducción, el texto y la traducción (en páginas enfrentadas).

Con buenos augurios comienza, pues, esta nueva colección italiana de textos griegos y latinos de la Antigüedad («anche eventualmente di latino moderno», promete Mariotti en la «Premessa»).

VICENTE CRISTÓBAL

PLUTARCO.— *Il desiderio e l'afflizione sono affezioni del corpo o dell'anima? (De libidine et aegritudine)*. Introduzione, traduzione e note a cura di EMIDIO PETTINE. Salerno, Dottrinari, 1991, 159 pp.

Nos encontramos ante un libro que, por la profundidad de su comentario en notas, pasa a ser de obra discutida de Plutarco a indiscutible reflejo de la cultura y saber cosechados en años de experiencia filológica por el Prof. Pettine, desgraciadamente fallecido a comienzos de 1993. Y es que, la verdad sea dicha, pocas obras del queronense pueden dar de sí tanto a partir de tan poco. El fragmento en cuestión, que no otra cosa es —como dicen Ziegler o Babut— su *De libidine et aegritudine*, apenas llena 9 páginas de la edición teubneriana de Pohlenz-Ziegler, aparato crítico y de *loci paralleli* incluidos. El libro que reseñamos, en cambio, tiene un total de 159 páginas.

No es que Emidio Pettine se aparte de su tema y se dedique como el propio Plutarco a digresiones sobre lo divino y humano. No es tampoco que se haya dedicado a comentarios eruditos sobre cuestiones ajenas al tema de este tratadito inacabado. Ante todo pienso que sus notas son pertinentes. Y en cuanto a erudición, aunque no se huye por completo de ella, tampoco está el lucimiento erudito en el punto de mira del estudioso italiano. Emidio Pettine demuestra conocer, por ejemplo, una amplia bibliografía sobre las vinculaciones de Plutarco con el platonismo, el aristotelismo y la Estoa; sin embargo, salvo algunas notas algo más cuidadas en este aspecto, las citas bibliográficas casi se limitan a mencionar las fuentes italianas cuando se recogen las citas de autores griegos en traducción o a proporcionar una idea al lector (como en la nota 27) sobre los estudios básicos a propósito de los temas planteados. Podría, por ejemplo —y no lo hace—, haber explotado mejor su conocimiento del artículo de Ziegler para la *RE* o el excelente libro de Babut sobre Plutarco y el Estoicismo. Pero vayamos por partes:

Se abre la obra con una «Introduzione» de 11 páginas (5-18) en la que se pasa revista a la problemática textual y significación histórica del tratado. Mientras que se niega con razón la autenticidad del tratado *Vtrum pars an facultas animi affectibus subiecta sit*, hermano de tradición de este fragmento, se afirma la autoría plutarquea del *De libidine et aegritudine*, en contra de Pohlenz y en la línea iniciada por Hartman y continuada por Ziegler y Sandbach. En apoyo de ésta, Pettine ofrece en las pp. 9-13 los *loci paralleli* más importantes que, sacados de otras obras de Plutarco, parecen confirmarla. Cierra la introducción un resumen del contenido de sus 9 capítulos y unas consideraciones finales que sintetizan el carácter doxográfico del fragmento: «Da quanto si è detto, risulta chiaro che nel nostro frammento confluiscono elementi stoici, platonici e peripatetici, non escluse talune reminiscenze ippocratiche, in una sorta di sincretismo filosofico caratterizzato dall'intreccio e dal confronto dei tre sistemi più importanti del tempo: Stoicismo, Platonismo, Peripatetismo» (p. 17).

En cuanto al texto, se ofrece, por autorización expresa de Teubner, la reproducción del texto de K. Ziegler-M. Pohlenz, publicado en Leipzig 1953. Nada que objetar a ello, salvo que no entiendo por qué no se ha elegido el de la edición más reciente, revisado por K. Ziegler en 1965 y en 1966. Ziegler introduce en esta segunda edición algunas modificaciones que, a mi juicio, mejoran bastante el texto anterior. De todos modos, y habida cuenta de que muchas de las variantes o conjeturas aceptadas por el traductor en sus notas coinciden con la edición de Sandbach para la Loeb (tomo XV de los *Moralia*), de 1969, habría sido preferible reproducir este texto en lugar del teubneriano. Aunque seguramente la elección venga determinada por razones, como el permiso editorial, ajenas a la voluntad de Pettine.

En todo caso, y como él mismo confiesa en *N.B.* de la página 18, el traductor no se limita al texto reproducido, sino que hace sus propias elecciones en pasajes textualmente problemáticos. Su preferencia por otras lecturas se guía casi siempre por criterios de claridad o coincidencia del texto con el pensamiento de Plutarco o de la doctrina filosófica que éste pretende reproducir (como la conjetura de Tyrwhitt *συνηρηθῆσθαι* en vez de *συνηρμόσθαι* de Pohlenz/Ziegler y Sandbach); y a menudo se asumen en la traducción, como decíamos, lecturas del texto de Loeb (por ejemplo, *ὄρμων* en vez de *ὀργάνων*, cap. 1, *ἐνέργειαν* en vez de *ἐνάργειαν*, Pohlenz, cap. 4, o *τῶν λόγων* (también Ziegler, 1966) en vez de *τῷ λόγῳ*, Duebner, cap. 5), aun cuando no haya razones textuales a favor de una u otra conjetura (como es el caso de *<τραῦμα δὲ λαβόντες ταῖς>*, cap. 4: «Le due integrazioni (non riportate nell'edizione teubneriana) sono indubbiamente ingegnose, ma non so fino a che punto attendibili», nota 22, p. 83).

La edición está bien cuidada en general. No hemos advertido erratas importantes ni tampoco defectos o errores de traducción. Tal vez, en la p. 34, al final del cap. 6 («Infatti, come gli Egiziani nel tentativo di dissociare un *insieme di elementi*, per natura inseparabili sin dall'origine...»), sería más exacto mantener el sentido propio de *τῶν σπερ<μά>των* en un contexto en el que es fundamental la idea de unidad entre los componentes del hombre como fruto de la fusión originaria entre el semen y el óvulo.

Como crítica negativa tan sólo hay que señalar el despiste en que incurre Emidio Pettine al reproducir el aparato crítico de su edición, a propósito de la lectura *τῶν λόγων* arriba citada. En nota 26, p. 89 se nos dice: «Nell'ed. teubneriana (cap. 5, rigo 22) si legge *τῷ λόγῳ*. Preferisco la correzione *τῶν λόγων* di Ω Duebner: 'una via di mezzo tra le due concezioni', accolta dal Sandbach». Si no entiendo mal estas palabras, deduzco que para Emidio Pettine *τῶν λόγων* es una corrección de Duebner. El aparato crítico del texto de Pohlenz/Ziegler (1953) dice así: *τῶν λόγων* Ω corr. Duebn. lo que hay que entender correctamente como sigue: la lectura de Ω es *τῶν λόγων* (elegida por Sandbach y también por Ziegler en la 2.ª ed. teubneriana) y la corrección de Duebner es *τῷ λόγῳ* (elegida por Pohlenz/Ziegler en la 1.ª ed. teubneriana). *Humanum errare est* y, en este caso, los aciertos son tantos que un solo error no puede empañar la valoración altamente positiva de todo el libro.

En suma, es el que reseñamos un trabajo valioso que al indudable mérito de su traducción añade el profundo conocimiento de la filosofía, la ética y la psicología helenística evidenciado en sus extensas notas-comentario. Se entienda como se entienda, el presente libro (edición escolar o comentario científico) nos parece un instrumento muy útil para cualquier clase de lector. Sintetiza en densos artículos las principales aportaciones antiguas al tema de la responsabilidad del cuerpo y alma en las pasiones: por ejemplo, la nota 1 (pp. 37-51) hace un resumen muy aceptable de todo el problema; en las notas 15 (= Estratón de Lámpsaco, pp. 64-69) y 25 (= Heraclides Póntico, pp. 85-89) se presentan las posiciones del Perípato; en las notas 27 (= Posidonio, pp. 89-101) y 28 (pp. 101-137) tenemos una reflexión a fondo sobre la doctrina estoica, y las notas 16 (pp. 69-74) y 17 (pp. 74-78) se extienden en consideraciones médicas y psicológicas muy interesantes.

Estos comentarios, que conectan siempre las aportaciones de otras escuelas con ideas puntuales de Plutarco, convierten el libro de Pettine en un estudio digno e importante no sólo para los que, cada vez en mayor número, nos sentimos atraídos por el moralista de Queronea, sino también para cualquier estudioso preocupado por la riqueza del pensamiento helenístico y romano, cuyas reflexiones éticas y psi-

cológicas quedan bien recogidas en este trabajo. Se cierra éste con un «Índice dei nomi» de autores modernos, largo pese a las escasas pretensiones eruditas de la obra, que refleja, como decíamos al comienzo, la cultura y amplitud de miras del profesor Emidio Pettine.

AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ

GALENO.—*Procedimenti anatomici*. Introduzione, traduzione e note di IVAN GAROFALO. Testo greco a fronte. Milán, Biblioteca Universale Rizzoli, 1991, 1145 pp. en tres volúmenes.

Un buen prólogo (pp. 1-74), que aparecerá parcialmente en *ANRW*, examina lo más relevante de las obras anatómicas de Galeno, conservadas y desaparecidas. Entre las primeras: *Sobre la disección del útero*, *Sobre los huesos*, *Sobre la disección de venas y arterias*, *Sobre la anatomía de los nervios*, etc., Correspondientes a la época de madurez del autor son los *Procedimientos anatómicos*, de los que conservamos en griego ocho libros y el comienzo del noveno. El resto, hasta quince libros, sólo ha sido transmitido en traducción árabe. Escrita pausadamente, entre el 177 y la muerte del médico en el 200 d.C., tal obra supone la culminación del saber anatómico de Galeno, que no sólo practicó la anatomía en animales vivos y muertos, sino que, además, estudió cuidadosamente las obras anatómicas de sus predecesores y coetáneos. En general, las disecciones de animales vivos servían para demostrar ciertas funciones fisiológicas: son famosas las referentes a los ojos, garganta y médula espinal. En las de animales muertos el orden es: músculos, vasos, nervios, vísceras, intestinos, partes grasas, glándulas. Por lo demás, aunque no faltan repeticiones, Galeno seguía el orden expositivo siguiente: articulaciones, músculos, aparato digestivo, aparato respiratorio, cabeza, médula espinal, aparato reproductor, venas, arterias, venas craneales, nervios espinales.

En el libro I afirma Galeno que su objetivo es el hombre; aun así, en sus investigaciones anatómicas, recurre sobre todo a monos, lo más cercanos posible al ser humano. Abundan las discusiones terminológicas y metodológicas a propósito de la distinción de los músculos. Se estudian los músculos de la mano y del brazo. En II tenemos una verdadera apología de la obra, con la intención de superar la producción anatómica de Marino, contemporáneo rival de nuestro médico. Los músculos del muslo, cadera y pierna reciben las explicaciones oportunas. A conocer los vasos y nervios de las articulaciones está dedicado III, donde se aconseja cortar siempre a lo largo para no dañar vasos ni nervios. IV y V se dedican a los músculos, siguiendo una descripción *a c pte ad calcem*: labios, mejillas, nariz, frente, cuello, intercostales, diafragma, abdomen, etc. VI abarca los órganos de nutrición, donde hallamos disecciones del hígado, intestinos, bazo, riñones, etc. Se nos habla del uso de sondas. Por su lado, VII-VIII están consagrados a los órganos relacionados con el *pneuma*: pulmones, bronquios, corazón, arterias, diafragma... IX se extiende en la disección del cerebro y médula espinal (no entramos en el contenido de los libros no conservados en griego).

La obra estudiada es de gran importancia por la riqueza de su contenido: con vistas a las prácticas anatómicas los animales más parecidos al hombre son divididos en seis géneros, entre los que destacan con mucho los simios; la relación entre anatomía y cirugía aparece claramente expuesta, con acusaciones contra ciertos cirujanos

ignorantes de los secretos anatómicos; el lugar y momento de las prácticas anatómicas, los colaboradores en las mismas, los instrumentos, etc., son todos ellos puntos del mayor interés.

El A. se extiende en las fuentes literarias de que se sirvió Galeno para componer esta obra, y, asimismo, habla de los descubrimientos más relevantes de nuestro médico en este terreno: *platysma myoides*, *panniculus carnosus*, *levator palpebrae superioris*, *popliteus*..., nervios cervicales, nervio laríngeo recurrente, etc.

Asimismo se examina la tradición del texto y las traducciones del mismo. El texto griego, ofrecido sin aparato crítico, según normas de la colección, corresponde a una edición crítica del propio A., de la cual habían aparecido previamente los libros I-IV (Nápoles 1986). La traducción, según confiesa el A., es literal al máximo, lo que comporta a veces cierta rigidez. En todo caso se evitan modernizaciones innecesarias de la terminología. El texto bilingüe griego-italiano llega hasta la p. 827; desde allí sólo tenemos la versión italiana de la traducción árabe. Los volúmenes acaban con un índice analítico (pp. 1129-1143).

En resumen, un buen ejemplo del espléndido nivel alcanzado por los helenistas italianos actuales, y ello en un autor tan especializado e interesante como Galeno. Nos parecen muy útiles ediciones críticas, bilingües y de bolsillo, como la que comentamos. Gran parte de la obra de Galeno está necesitada, en efecto, de ediciones críticas y buenas traducciones.

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

KEPPIE, L.—*Understanding Roman Inscriptions*. Londres, Batsford, 1991, 158 pp.

Cuando Mommsen vaticinó que el siglo xx sería el de la Papirología, como el xix había sido el de la Epigrafía, se quedó corto. La importancia y el número de nuevos documentos y el papel que la Epigrafía va alcanzando en la docencia universitaria, han determinado un creciente interés por esta ciencia histórica, que se manifiesta, entre otros logros, en la edición de manuales introductorios. Este que ahora presenta Keppie, responsable del Hunterian Museum de Glasgow, aparece poco después que la guía redactada por Joyce Reynolds y publicada por el British Museum. La obra de Keppie está concebida con una doble finalidad: introducir al lector no especializado, proporcionándole una guía para la lectura de los epígrafes, y hacer apreciar el significado de las inscripciones como fuente de nuevos conocimientos para el historiador. Es este segundo objetivo el mejor logrado.

Contiene el libro un total de 18 capítulos, dedicados cada uno de ellos a un aspecto de la ciencia epigráfica. Pueden distinguirse dos partes: la que abarca los capítulos 1-6, donde se proporcionan los conocimientos fundamentales para leer y editar los textos, y una segunda (7-18), en la que cada capítulo presenta de una manera muy sucinta los conocimientos actuales sobre distintos aspectos del mundo romano: administración del imperio, administración local, ejército, religión y cultos, ritos funerarios, economía y comercio, el cristianismo, el Bajo Imperio, etc., y ejemplifica con textos e ilustraciones la aportación que las inscripciones pueden representar en cada uno de los campos estudiados. Algunas referencias a textos literarios enriquecen la exposición con anécdotas.

Las habituales listas de abreviaturas, emperadores, etc., figuran en apéndice, y están reducidas al mínimo; no proporcionan los elementos necesarios para la data-

ción de un epígrafe. La bibliografía, selectiva, se ofrece agrupada por capítulos. El autor comenta que sus lectores pueden desconocer absolutamente el latín: los términos técnicos y los textos aportados se dan siempre traducidos; a este intento de captación de un público poco preparado responden también algunas ingenuas observaciones que pretenden aproximar el contenido a la mentalidad de hoy.

La riqueza del material gráfico empleado (82 ilustraciones) contribuye a hacer atractivo este libro, de fácil lectura, que ha sacrificado la erudición en aras de la claridad expositiva, con el objetivo de hacer asequible un material que puede parecer críptico al profano.

La casi total ausencia de lo español, ya tradicional en las publicaciones inglesas, se hace aquí especialmente llamativa, dada la importancia de los hallazgos que ha dado nuestro país en los últimos decenios.

CARMEN CASTILLO

II. LINGÜÍSTICA

LÓPEZ EIRE, A. — *Ático, koiné y aticismo. Estudios sobre Aristófanes y Libanio*. Murcia, Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1991, 103 pp.

Este libro de A.L.E. inaugura la serie de «Estudios de lengua griega» que la Universidad de Murcia ha comenzado a publicar bajo la dirección de A. Lillo Alcaraz. Esperemos que esta colección, que se abre con una monografía sumamente interesante y útil, tenga continuidad y albergue otros títulos tan valiosos como éste del que doy noticia.

El libro consta de dos capítulos independientes, aunque ligados entre sí por estudiar aspectos distintos del dialecto ático y de la *koiné*. El primero (pp. 9-61) enumera los rasgos lingüísticos del griego helenístico que aparecen también en las comedias de Aristófanes. La lista es impresionante, pues contiene alrededor de cincuenta rasgos (morfológicos, sintácticos y léxicos) específicos del griego helenístico que aparecen, casi siempre de forma esporádica, en las obras de Aristófanes. Este ejemplar estudio se complementa con el titulado «La lengua de la comedia aristofánica», que A.L.E. escribió y publicó en esta misma revista (EMERITA 54, 1986, pp. 237-274). Una parte de aquel artículo exponía que «la lengua aristofánica ofrece un amplio conjunto de formas dobles de una misma categoría gramatical»: la propiamente ática, y la que por modernización, acomodación al jónico o regularización de la anterior se extenderá en el griego helenístico. En la década de los ochenta A.L.E. ya había publicado otros estudios análogos sobre la relación de la lengua de Tucídides con el dialecto ático y la *koiné*, y sobre el origen de ésta. Los anteriores a 1986 están reunidos en sus *Estudios de lingüística, dialectología e historia de la lengua griegas*, Salamanca 1986, Publicaciones del I.C.E. de la Universidad. Todos estos trabajos ofrecen datos, sobre todo lingüísticos, a favor de una tesis de suma importancia en la historia de la lengua griega antigua: el origen de la *koiné* no se data a fines del siglo IV, sino en pleno siglo V a.C., en la época de la primera liga marítima ático-délica, de la que fue instrumento lingüístico. En concreto, el origen y la difusión de la *koiné* parten de la lengua ática culta y coloquial, nivel distinto tanto del ático literario y oficial (conocido por la epigrafía oficial), como del ático vulgar (conocido en parte por las *tabellae defixionum* y por las inscripciones en vasos). La impresionante relación de rasgos he-

lenísticos que aparecen en Aristófanes ofrece datos concretos a favor de esta tesis general.

El segundo capítulo (pp. 63-102), titulado «*Koiné* y aticismo en la lengua de Libanio», expone, tras unas breves y pregnantes consideraciones sobre el sentido exacto y el alcance de asianismo y aticismo en la literatura griega de la época de la dominación romana, una lista de formas lingüísticas usadas por Libanio que supuestamente carecen de precedentes en la literatura ática clásica, así como los ejemplos que invalidan estos presuntos atentados contra el aticismo declarado por Libanio. El apartado más extenso (pp. 74-88) indaga los precedentes áticos del uso sintáctico, frecuente en época helenística e imperial, ilustrado por Lib., *Or. LV 37 εἰ δ' οὖν καὶ φθαίη, τῶν ταῦτ' ἀγγελοῦντων οὐκ ἀπορήσει*; es decir, optativo en la prótasis con tiempo primario de indicativo o imperativo en la apódosis. Como es sabido, la norma del ático clásico establece que a una prótasis en optativo le corresponde una apódosis en optativo con ἄν, y que a una principal con tiempo primario de indicativo o imperativo le corresponde una prótasis con εἰάν y subjuntivo. Cada tipo tiene un significado propio. Contra la hipótesis tradicional que acabo de resumir, A.L.E. llama la atención sobre ejemplos del ático clásico análogos al citado de Libanio. El optativo en estos ejemplos documenta según A.L.E. una hipercorrección, causada por la decadencia del uso del optativo, que conducirá a su desaparición total. No puedo estar más de acuerdo con estas observaciones yo, que he aducido datos de inscripciones dialectales de época helenística y clásica en favor de la misma tesis (cf. *Dialectologica Graeca. Actas del II Coloquio Internacional de Dialectología Griega*, edd. E. Crespo, J. L. García Ramón y A. Striano, Madrid 1993, pp. 91-109).

En conjunto, este libro de A.L.E. reúne dos trabajos de historia de la lengua griega, que son sólidos y que ofrecen importantes novedades. Merecen ser leídos con atención y en el futuro serán citados con frecuencia por su utilidad.

EMILIO CRESPO

CRESPO, E., J. L. GARCÍA RAMÓN y A. STRIANO (edd.).—*Dialectologica Graeca. Actas del II Coloquio Internacional de Dialectología Griega*. Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma, 1993, 397 pp.

El presente volumen, muy bien editado por la Universidad Autónoma de Madrid, contiene una serie de aportaciones de un grupo de estudiosos muy distinguidos de la Lingüística, la Dialectología y la Epigrafía griegas. Son muy valiosas, casi sin excepción, y trataré luego de presentar algunas aportaciones y hacer algunas pequeñas críticas en puntos concretos. Pero antes querría hacer algunas consideraciones generales.

Hablaré primero sobre los temas. Dominan los temas generales: problemática de la Dialectología griega (Bartoněk), metodología (Brixhe, Dobies-Lalou, Bile, López Eire: aportan, de otra parte, muchos datos e interpretaciones), uso de las fuentes literarias (Cassio, García Teijeiro), rasgos diversos que se encuentran en varios dialectos en fonética (Méndez Dosuna, Teodorsson, Viredaz), sintaxis (Crespo, Hodot), acento (García Teijeiro).

También hay temas de tipo restringido: nuevos materiales epigráficos (Blümmel, Crespo, Helly, Santiago), interpretación de algunos fenómenos de tal o cual dialecto (García Ramón, Lillo), descripción de algunos dialectos en tal o cual fecha o de la

historia dialectal de tal región (Brixhe, Morpurgo, Threatte), onomástica (Masson, Striano, Vottero y autores citados a propósito de la metodología). Faltan prácticamente los estudios sobre la genealogía de los dialectos y son raros los propiamente históricos: aunque los hay, sobre todo, sobre las palatalizaciones de oclusivas (los de Teodorsson y Viredaz) y sobre etimologías y rasgos morfológicos (Lillo, García Ramón), etc. Otras contribuciones están en los límites de la Dialectología, sobre todo las de tipo epigráfico de Blümmel y Helly y la de Vottero.

Todo esto refleja una orientación más o menos uniforme: insistir en cuestiones generales y de método, dar prioridad a fenómenos polidialectales, perfeccionar las descripciones, no olvidar las interpretaciones de detalle. Y olvidar o relegar a un segundo plano los que han sido hasta ahora temas centrales: la diferenciación y confluencias dialectales y la evolución histórica. ¿Qué pensar de ello?

Por mi parte, que es una tendencia sana de la que pueden esperarse muchas cosas: algunas se logran aquí. Es una reacción contra las excesivas especulaciones y contra el darlo todo por sabido en las descripciones. Pero no creo que deba proclamarse una especie de tabú contra el estudio histórico: éste tiene que volver, en realidad no se ha interrumpido nunca. Abandonarlo y negarse a debatir sobre la historia de los dialectos sería una renuncia imperdonable, sería una verdadera «sordera filológica» como la aludida por García Ramón (p. 12).

En fin, no quiero extenderme: sobre este punto y sobre la historia de estos estudios en España expongo mis ideas en el prólogo a la reedición de mi *La Dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia* (Madrid 1994). No siempre coinciden con las de Martín S. Ruipérez en la «Conclusión» a este libro (p. 383 ss.).

Esto sobre los temas tratados, sobre la excelente calidad, sobre la orientación general. Pero hay otro tema que es delicado pero que creo obligado mencionar aquí.

Normalmente, se entiende por Congreso Internacional (y supongo que por Simposio) una reunión convocada por un organismo reconocido y que hace previamente un anuncio para que los especialistas puedan inscribirse. Pero aquí se ha procedido de otro modo: sin duda por invitación personal, porque muchos dialectólogos españoles y supongo que de otros países se enteraron cuando ya se había celebrado la reunión. Por supuesto, un grupo de personas puede organizar una reunión e invitar a quienes estime conveniente. Pero no es habitual que esas reuniones privadas sean considerados como Congresos o Simposios Internacionales con su numeración de I, II, etc.

En fin, nada tengo que criticar sobre las personas invitadas, todas excelentes conocedoras de las Ciencias objeto de estudio (aunque algunas comunicaciones, ya digo, no son muy dialectológicas). Critico las ausencias: la de un 50 por 100, diríamos, de los especialistas españoles. Por eso es un poco ingenuo lo que dice García Ramón (p. 12) sobre la escuela a que pertenece «la casi totalidad de los dialectólogos españoles aquí presentes». Los demás no fueron invitados. En fin, creo que esto no es el uso establecido y sé que a algunos extranjeros les ha chocado. Yo, desde luego, no lo practico cuando organizo un Congreso.

Respecto a las cosas destacables sería largo hablar. Son importantes las metodológicas y generales, las descripciones dialectales (la del cretense de Brixhe o la de la lengua de Oropo por Morpurgo, por ejemplo), los trabajos sobre la subordinación de Crespo y Hodot (que aportan muchos datos nuevos), la investigación de Méndez Dosuna sobre la sinicéesis $ei > i$, las valoraciones sobre los gramáticos antiguos como fuente (Cassio y García Teijeiro), los estudios de onomástica (cf. por ej. Mas-

son sobre un antiguo *Παραμένων* en jonio), las propuestas de García Ramón sobre morfología (-*νθεῖν*, etc.) y etimología tesalia (con excelentes etimologías), las de Lillo sobre el «*τε* épico», con una hipótesis muy sugestiva (**k^{ve}* > *τε* tras *υ*, sobre todo). Muy útiles las noticias sobre nuevos datos epigráficos, etc.

Desacuerdos y lagunas siempre puede haber. Cito unos pocos casos. No es crítica, sólo señalo que no es nada nuevo lo que dice Hodot, p. 207 sobre que *ἄν* y *κε/κα* coexistían en fecha antigua: desde *La Dialectología...* en adelante he venido repitiéndolo una y otra vez. Que *Διφι* sea la única forma antigua y no también *Διφει* no lo creo, pese al respeto que me merece Masson (p. 232): ambas son formas indoeuropeas.

Cuando llegamos a la historia lingüística, me quedo con la duda (como el propio autor) sobre las conclusiones del artículo de Teodorsson sobre la pronunciación de la *zeta*; y me muestro francamente incrédulo respecto a la conclusión de Viredaz de que en todos los dialectos (y no sólo en griego del Sur) el grupo *tj* produjo dos pronunciaciones, tauto y heterosilábica, que luego se confundieron. Es una hipótesis poco económica. El cuadro de p. 332 es tan incompleto como hipotético. Aquí sí que hay especulación.

En fin, libro útil, con excelentes aportaciones. Se queda corto en dos cosas: en los temas (la historia lingüística sigue siendo respetable) y en los autores. En beneficio de la Ciencia, que es la que nos une o debería unirnos, estas discriminaciones deberían evitarse.

FRANCISCO R. ADRADOS

ADIEGO LAJARA, IGNACIO-JAVIER.—*Protosabelio, Osco-Umbro, Sudpiceno*. Universitas, 20, Barcelona, PPU, 1992, 140 pp.

Realmente podemos congratularnos de que aparezca entre nosotros un libro dedicado a la dialectología itálica, algo impensable hace algunos años en nuestro país; pero debemos felicitarlos aún más de que, de entre las múltiples y espinosas cuestiones que la lingüística itálica ofrece al estudioso, el autor haya escogido lo más novedoso y también lo más desconocido: qué significan las aportaciones que resultan del desciframiento del sudpiceno en el panorama de la lingüística itálica; de hecho, el autor compara la importancia del sudpiceno (sp.), por la antigüedad de su datación y su arcaísmo, al papel que jugó el micénico en la lingüística griega, salvadas las lógicas diferencias (p. 13).

El libro, breve pero enjundioso, se estructura en varias partes relativamente independientes entre sí, como si se tratara de una colección de artículos, predominando las dedicadas a la fonética y a las consecuencias dialectológicas del desciframiento del sp.

En la primera parte, «La posición lingüística del sp.», pp. 9-24, el autor no se manifiesta partidario de interpretar el sp. como «proto-umbro», sino que se inclina por una posición relativamente singular del sp. como grupo oriental, diferenciado del grupo occidental (osco-umbro), cuando éste todavía constituía una protolengua unitaria: pesa en esta concepción un lastre genetista importante. En la parte segunda, pp. 27-64, se estudia en detalle la interpretación fonológica del sistema gráfico de las vocales sp. y la confrontación de los resultados con los subsistemas del o. y u.: en sp. se produce ya un importante fenómeno expresado gráficamente: los resul-

tados de */ē, ō/ son además de timbre cerrado. En la parte tercera, pp. 66-80, analiza los procesos de monoptongación de diptongos, un fenómeno compartido con el umbro, que en sp. se está produciendo ante nuestra vista: la monoptongación tiende a producirse más en posición final que en medial, en los diptongos de segundo elemento velar más que en los de segundo elemento palatal, en las inscripciones encontradas en el sur del *continuum* sp. más que en las septentrionales. La parte cuarta, pp. 82-88, trata de los problemas gráficos y consecuencias fonéticas del uso aparentemente promiscuo de los grafemas *ú, u* y *v*. La parte quinta, pp. 90-101, estudia algunas palabras sp.: *puih* y su contexto; *viam*; *súhúh*, *súais* y *knúskem*. La parte sexta, «Pervivencia del sp.: los dialectos o. del Norte», pp. 103-119, continúa de algún modo el artículo de Meiser «Pälignisch, Latein, Südpikenisch», *Glotta* 65, 1987, analizando la posible influencia sp. en los llamados «dialectos intermedios», en concreto, algunos fenómenos del peligno, vestino y marrucino podrían deberse al substrato sp.; el autor se muestra además proclive a considerar la única inscripción que llamamos «sabina» como la continuación histórica del sp. Después de un «Excurso sobre el perfecto en -ō-», se nos ofrecen dos apéndices de gran utilidad, uno en el que recoge inscripciones sp. y un segundo en el que da un listado de palabras sp. con transcripción, reconstrucción (con las debidas precauciones advertidas por el autor) y la definición morfológica, de gran interés. Finaliza con la bibliografía citada.

En suma, estamos ante una notable contribución a la lingüística itálica, que esperamos que ponga de manifiesto entre los estudiosos de nuestro país la importancia que ha tenido el desciframiento del sudpiceno en tanto que fuente de novedades para el conocimiento de los dialectos itálicos y del latín.

JUAN ANTONIO ÁLVAREZ-PEDROSA NÚÑEZ

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

GONZÁLEZ GARCÍA, FRANCISCO JAVIER. — *A través de Homero. La cultura oral de la Grecia antigua*. Santiago de Compostela, Universidad, 1991, 188 pp.

Esta obra es una panorámica de la creación de la poesía homérica en el seno de la cultura oral predominante en la Grecia antigua, así como una explicación de su desarrollo posterior hasta la monumentalización de los poemas producida en el siglo XIX. Distinguiré dos partes en el libro. Una la constituyen los capítulos I («Pensamiento, comunicación y poesía», pp. 13-36) y III («Cultura oral y cultura escrita en la Grecia antigua: la épica homérica y su historia», pp. 113-71); son respectivamente el marco general antropológico y la función concreta que en él desempeña la poesía homérica. En ellos el autor explica el fenómeno de la poesía homérica a la luz de las teorías antropológicas de Lévi-Strauss y Goody, teorías hoy de dominio común. Creo que aquí reside el principal interés del libro. En el capítulo II («Visiones de Homero», pp. 37-111; hay además, una «Conclusión», pp. 173-7, y la correspondiente «Bibliografía», pp. 179-88) el autor pretende «esbozar las líneas generales de las diferentes escuelas que se preocuparon por intentar dar una solución al problema de la composición de los poemas homéricos» (p. 37). El «esbozo» ocupa dos quintas partes del libro, y su utilidad es discutible, ya que la exposición detallada (más su correspondiente refutación, a veces innecesaria por obvia) de no pocas teorías ya conocidas no pone en mejor lugar, creo yo, las teorías de Parry y Havelock (a las que

se adhiere el autor), hoy ya suficientemente consolidadas. Se habría agradecido brevedad en otros apartados, como por ejemplo en el demasiado detallado III 6 («Homero alejandrino»), donde una sencilla panorámica general de la filología alejandrina habría demostrado que la cultura griega es ya en Alejandría una cultura del libro. Es conveniente huir de una tentación en la que todos caemos alguna vez y que señalaba Goethe, si no recuerdo mal: hay autores que escriben un libro no para que el lector aprenda algo, sino para que sepa que el autor ha aprendido algo. Se aprecian también ciertas descompensaciones: por ejemplo, las tesis de Finsler llenan dos páginas, pero Schadewaldt merece sólo ocho líneas. Es lógico, sin embargo, que se preste especial atención al impacto de las ideas de Parry y se rastree su influencia en otros autores. Por lo tanto, el cap. II es una visión comentada de la cuestión homérica (como bien dice el autor en p. 11), pero conviene consultarlo con precaución.

Ideas centrales son la consideración de la épica oral como vertiente, junto al mito o al cuento, del llamado por Lévi-Strauss pensamiento salvaje o lógica de lo concreto (p. 144, entre otras) y el rechazo de las interpretaciones de corte estético, «que tienen su fundamento en una concepción de los poemas homéricos como obras literarias» (p. 173). Me permitiré hacer una puntualización a cada una. El mito puede contener variantes argumentales, importantes en algunos casos; en la poesía homérica, en cambio, no tenemos constancia de algo semejante, ya que las divergencias que existen atañen al texto sin modificar apenas el contenido (piénsese en los papiros ptolemaicos o en las citas de autores prealejandrinos; por cierto, habría sido interesante considerar el valor de este tipo de variantes dentro de una cultura oral). En cuanto a la segunda idea, creo que las «interpretaciones literarias» no han de ser necesariamente incompatibles con las de naturaleza oral. Habría que distinguir entre la composición de los poemas y su recepción siglos después: una vez que los poemas están escritos y existe una vulgata más o menos uniforme, son obras escritas porque el receptor es ya un lector, no un oyente; como tales han pasado a formar parte de la cultura occidental.

Una conclusión interesante que atañe a la edición del texto homérico (parcela de mi especial interés) es la idea fundamentada de que es necesario afrontar con precaución la limpieza de todos los errores de dicho texto, ya que algunos «errores» pueden ser variantes orales. En el mismo ámbito, y frente a este acierto, me parece excesiva la seguridad con que el autor cree en la edición homérica de Pisístrato, y también la afirmación de que ésta tuvo su origen en la «postura reaccionaria» que deseaba conservar los valores tradicionales de la sociedad helénica. La edición, en caso de existir, no habría sido más que una codificación para guía de rapsodos y freno de «virtuosos», así como quizá un instrumento político frente a otras ciudades estado (la posible interpolación relativa al contingente de Salamina en II. II 557-8 es un ejemplo). Por otro lado, es ingenuo creer, como cree el autor contra sus propias ideas oralistas, que sin esta edición los poemas poco menos que hubieran desaparecido.

El autor dice ser historiador del mundo antiguo, pero muestra competencia en cuestiones consideradas propias de filólogos, pese a algunos errores. Destacan: «el joven Eurípides» parece confusión entre los años mozos del trágico y el incierto Eurípides el Joven, editor de Homero y sobrino de aquél (p. 157); Heródoto puso los nombres de las Musas a sus libros (p. 135, n. 2); Simónides de Ceos es «el poeta de Amorgos» (p. 153). En el libro hay bastantes erratas de acentos, pero algunas quizá no lo son: «heróico», así siempre; «adecúan» (p. 51); «aquéllas que» (pp. 53, 79, 109); «ingénuas» (pp. 82, 160) y «supérfluo» (p. 160); «discontinua» y «conti-

nuo» (pp. 121, 124); «como» introduce interrogativas indirectas (pp. 163, 165, 168; en p. 169 tres veces).

Es una buena noticia la aparición de esta obra, que atestigua el paulatino desarrollo en España de los estudios sobre la poesía homérica como manifestación de una cultura oral; asimismo, es importante que la literatura griega reciba la atención de estudiosos procedentes de campos ajenos al de la Filología Clásica, lo que contribuye a construir puentes necesarios para cruzar sin peligro precipicios culturales todavía existentes.

MANUEL SANZ MORALES

SÁNCHEZ MANZANO, M.^a A., y S. RUS RUFINO.—*Introducción al movimiento sofístico griego*. León, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León, 1991, 194 pp.

Se trata de una obra de colaboración en la que ésta afecta al plan expositivo, orden, contenido y tono de cada uno de los capítulos, pero el desarrollo concreto de cada una de las dos partes, I-IV y V-VII, son directa responsabilidad de cada uno de los autores. Los cuatro primeros capítulos, la primera parte (pp. 15-105), centrada en el análisis del término «sofista» y su complejidad significativa, en la visión que desde el mundo antiguo hasta la actualidad se ha tenido del movimiento sofístico, en una muy sucinta exposición, básicamente biográfica, de los representantes del movimiento, y en el contexto filosófico e histórico en que se encuadra, corresponde a M.^a Asunción Sánchez Manzano, mientras que la segunda parte, esto es, los tres últimos capítulos (pp. 107-176), centrados en aspectos más estrictamente filosóficos del movimiento sofístico, como son el tema del humanismo y la aportación de Protágoras, la ontología de Gorgias y las teorías del conocimiento de la sofística, y la actitud de los sofistas ante la religión y los dioses, son obra de Salvador Rus Rufino. Al final, a modo de conclusión (pp. 177-181), se enumeran cuarenta y cinco proposiciones fundamentadas en el análisis previo, concluyendo la obra con el clásico repertorio bibliográfico (pp. 185-194).

Hay que advertir, por tanto, que la obra no cubre todos y cada uno de los ángulos del movimiento sofístico, y que, por ejemplo, se echan en falta análisis concretos sobre los sofistas y la educación, los sofistas como forjadores de prosa culta, los sofistas y la Retórica, los sofistas y la Gramática y Semántica, los sofistas y su influencia en la literatura de la época o, en profundidad, su pensamiento ético y político, incluida la antítesis νόμος / φύσις. Por tanto, el título de la obra quizá debería haberse delimitado más. Ciertamente es que algunos de los aspectos que toca —sobre todo el diálogo con los presocráticos, la visión del movimiento sofístico hasta la actualidad, el hombre-medida de Protágoras, la gnoseología de Protágoras y Gorgias y el tema de lo divino—, aun no siendo partes novedosas, sí que resultan, en ocasiones, sugerentes.

Las conclusiones de la primera parte de la obra se podrían resumir de la siguiente forma. El término «sofista», como es sabido, aparece en lenguaje escrito, por vez primera atestiguado, en *Istmica* V 28 de Píndaro. Su sentido crítico y peyorativo, quizá debido a Platón (p. 22), perdura desde el mundo antiguo (el propio Platón, Jenofonte, Aristóteles...), hasta Hegel, pasando por Tomás de Aquino, Bricker o Sidgwick. La reivindicación vendría de la mano de Hegel, con el tímido antecedente de

Tennemann, y de los estudiosos que a partir de mediados del xix se han enfrentado al movimiento, como E. Zeller, Th. Gomperz, W. Windelband, W. Jaeger, W. Nestle, M. Untersteiner, W. K. C. Guthrie, F. Rodríguez Adrados, G. Reale o G. B. Kerferd. Los sofistas no creen en la virtud heredada sino en que puede ser adquirida por la enseñanza. La definición del sofista no fue fácil en la Antigüedad, ya que se trataba de una figura plena de contenidos diversos y distintos, pero ninguno de ellos específico. Se admite (p. 29) la relación de sofistas de G. B. Kerferd y se aducen sus datos, fundamentalmente biográficos (pp. 44-71), incluido Calicles, cuyo carácter ficticio es destacado en la línea, por ejemplo, de E. R. Dodds. Pero en este último aspecto, creemos que justificadamente, no se incluye a todos los que o bien el propio Kerferd u otros consideran también sofistas, como Dionisodoro y Eutidemo, de quienes no sabemos prácticamente nada, salvo lo que el discípulo de Sócrates nos dice en su *Eutidemo*. En el caso del *Anónimo de Jámblico* la autora se inclina por «un conjunto de doctrinas de inspiración sofística... y no de un autor concreto» (p. 69), en línea con T. A. Cole, posición cómoda, en oposición a identificaciones como Antifonte (Blass), Antístenes (Jöel), Protágoras (Wilamowitz), Terámenes (Schmid) o Hipias (Untersteiner), pero reconociendo que las semejanzas con Protágoras son las más claras. Por otra parte se admiten, ya que el desarrollo de la Sofística no es homogéneo, dos fases en el fenómeno sofístico, tomando como punto de referencia la guerra del Peloponeso, al igual que Rodríguez Adrados. La contextualización de la sofística (pp. 73-105) es realizada atendiendo al encuadre filosófico, presocráticos, con la nueva orientación que le imprimen al centrarse en el ámbito de los asuntos humanos, y al político-histórico, momento en que se perciben las dificultades de la *πόλις* democrática tradicional, adaptándose los sofistas a su tiempo, siendo espectadores y analistas de su presente, buscando el éxito individual al margen de la salvación colectiva y conjunta de la *πόλις* y sus ciudadanos.

Como se puede observar en esta primera parte no encontramos novedades dignas de mención respecto a la tradición anterior, aunque sí posicionamientos personales respecto a puntos concretos discutidos en el ámbito sofístico.

La segunda parte de la obra trata de reelaboraciones de publicaciones del propio autor en la revista *Persona y derecho* (1985, 1986). Las conclusiones de la segunda parte podrían ser resumidas del siguiente modo. En un análisis, creemos que demasiado rápido, se nos habla de que la poesía griega arcaica insiste en la separación hombre-Dios y en que ello era también recalado por la filosofía presocrática en el ámbito del conocimiento (pp. 111-117). El famoso *dictum* de Protágoras del hombre-medida (pp. 117-132), en opinión del autor, no modifica el planteamiento anterior, ya que su sentido es antropológico y no ontológico, y propone la siguiente «versión..., no literal por supuesto... La medida de todo lo usable en orden a como se usa o no se usa es, en rigor, el hombre» (p. 132), entendiendo «hombre» como «hombre social-individual», *χρήματα* como «plexo de los asuntos humanos» y *μέτρον* como «haber categorial», y reconociendo, siguiendo a Díaz Tejera, que «la atención semántica recae más en *μέτρον* que en *ἄνθρωπος*. Previamente (pp. 118-120) expone el autor las versiones de autores como Hegel, Diels-Kranz, Jöel, Nestle, Untersteiner, Burnet, Rodríguez Adrados, Guthrie, Rankin, Lesky y Reale, prefiriendo la traducción de «H. Diels y W. Kranz» (p. 120). La versión del autor, aun con la advertencia de no literal, peca, pensamos, de hacer abstracción del estado de lengua de la época y de introducir conceptos de la filosofía posterior. El autor insiste (pp. 125-128) en el paralelismo de la frase protagórica y el parágrafo 15 de *Ser y Tiempo*

de M. Heidegger donde se estudia la relación entre el hombre y los seres intramundanos.

El capítulo VI (pp. 133-155) está dedicado a la ontología que defiende Gorgias en su escrito *Sobre el no ser* y la teoría del conocimiento de Protágoras, Gorgias, Antifonte, Licofronte y Jeniades. Si Gorgias advierte la incompatibilidad entre la radical unidad del ser y su formulación predicativa, pues el uno no puede tener predicados, ya que la predicación introduce distinción, fisura en la unidad del ser, el lenguaje predicativo es necesario cuando se trata de los *χρήματα*, los cuales pertenecen a la vida en tanto que tienen propiedades. En cuanto a la gnoseología de Protágoras ésta se basa en la noción de hombre-medida y «no se mueve en la tensión verdad-falsedad, sino en la de impresiones y fenómenos, que si, por una parte, son únicamente verdaderos para el sujeto que los experimenta o ante el que aparecen, por otra, son siempre verdaderos» (p. 150), mientras que Gorgias niega la posibilidad de conocer la realidad, porque para él las estructuras pensadas son entes de razón, no seres reales, y entre ser y pensar no hay comunicación alguna, «lo pensado queda aislado, como creación —¿ficticia?— del pensamiento y sólo captable por él» (p. 153). En cuanto a la actitud de la Sofística ante la religión y los dioses, criticada por Sócrates y Platón, Protágoras «no aplicó la medida humana a los dioses. Mas bien su agnosticismo sugiere la renuncia a hacerlo» (p. 160). No niega su existencia, sino la capacidad humana de alcanzarlos. Por el contrario, Pródico y Critias consideraron a los dioses un invento utilitario, con lo que para ellos el *μέτρον* humano es capaz de dictaminar sobre los dioses, el hombre es una «conditio sine qua non» de la existencia de los dioses y de la misma idea de divinidad. El ateísmo sofístico, por tanto, es peculiar, consecuencia de su planteamiento pragmático, es un ateísmo hermenéutico: lo que se entiende por dioses se reduce a una función práctica.

A partir de la relación de tales conclusiones, en la segunda parte tampoco observamos novedades llamativas, sino posicionamientos personales, en ocasiones sugerentes, respecto a puntos concretos, resultando en algunos momentos excesivamente densa y poco didáctica.

Por tanto, nos encontramos ante una obra complementaria de las existentes y que abarca fundamentalmente la contextualización del fenómeno sofístico y los aspectos más puramente filosóficos del movimiento. Por otra parte, si toda introducción ha de reunir características tales como visión global y exposición simple y precisa, hemos de reconocer que faltan por analizar ámbitos importantes del movimiento sofístico y que, en ocasiones, peca quizá de no atender a una exposición simple y precisa.

E. A. RAMOS JURADO

VÍLCHEZ, MERCEDES. — *El dionisismo y «Las Bacantes»*. Sevilla, Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones, 1993, 112 pp.

Cuatro capítulos y unas páginas de conclusiones configuran —aunque el libro carece propiamente del socorrido índice— el contenido de este ensayo de la profesora Vilchez. Su intención es bucear en una posible nueva interpretación de esta debatida obra de Eurípides a partir del estudio de ciertos datos religiosos básicos y sus precedentes en la tradición dramática y del análisis de ciertos aspectos formales y de contenido de *Las Bacantes*. La empresa, pues, es no pequeña —de ahí que la autora haya tenido que trabajar con una bibliografía más que abundante— y la intención

verdaderamente encomiable. Dedicó el primer apartado a «El problema de *Las Bacantes*». Lo que en él se nos dice es correcto, aunque quizá algo escueto. Vílchez enmarca el contexto en que se representó la obra, pergeña la estructura formal de la misma y pasa somera revista —pp. 28-31— a las diversas opiniones que los diversos filólogos han sostenido sobre su interpretación. Más ampliamente documentado es el tratamiento que reciben los datos religiosos básicos de los diversos cultos de Dioniso (el mito de Licurgo en Homero, Dioniso y los piratas en el *Himno Homérico VII*, en Antonino Liberal, en Apolodoro, e incluso en el *candomblé* afro-brasileño, etc.) hasta desembocar en Eurípides. Comparto con la autora su idea de que Eurípides ha centrado su obra a partir de ciertos criterios de selección temática en torno a la llegada triunfal del dios, de su lucha y de su triunfo sobre Penteo (sin dar importancia mayor al nacimiento, al origen o la muerte del mismo), pero diverjo de su afirmación —p. 50— «(Eurípides) ejerce una labor de censura». También me parece algo pobre el apartado que dedica (¡ojo a los términos griegos!) a los epítetos de Dioniso. Discutible al menos puede ser también —Dodds dice al respecto literalmente: «the ascription of a *Pentheus* to *Thespis* is probably a fiction»— lo que afirma sobre tal obra de Tespis en p. 67.

En cambio, lo mejor se nos presenta cuando nos expone sus ideas propias a propósito de la «Forma y contenido de *Las Bacantes*» (p. 81 ss.). En efecto, es un rasgo arcaizante —esquileo— el que el dios Dioniso actúe en la obra; comparto su tesis de que el protagonista es Dioniso y no Penteo, etc. Deseo destacar en especial el interés que dedica a estudiar la adecuación entre metro y sentido, entre formas y tipos métricos y estructuras literarias formales en p. 82 ss. (asociación de los metros jónicos a los cultos orgiásticos asiáticos, los docmios a los trenos y ditirambos exaltados, los eolocoriambos a los refranes, etc.). Aquí sí que camina la autora por camino seguro y firme, sobre datos concretos, contrastables y verificados. A mi manera de ver son éstas las mejores páginas del libro.

En cuanto a los aspectos formales: la fluidez sintáctica se halla a veces bajo mínimos, y la argumentación del pensamiento se expresa a veces más que por gradaciones deductivas por unos derroteros erráticos (p. 47; también en nota 73, etc.). El lector encuentra excesivas erratas tipográficas para tratarse de un libro sabio editado bajo los auspicios de una Universidad.

ANTONIO GUZMÁN GUERRA

LUDLAM, IVOR.—*Hippias Major: An Interpretation*. «Palingenesia», XXXVII. Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1991, 189 pp.

Después de la traducción y comentario de Paul Woodruff, aparecido en Oxford en 1982, es esta monografía de Ludlam la más extensa publicación sobre el *Hippias Mayor*. El trabajo de Woodruff era, sin embargo, más ambicioso. No sólo por el comentario que acompañaba a su traducción, sino por los diversos ensayos que lo completaban y en los que se trataba el entorno histórico y los problemas ontológicos de tan enigmático diálogo. Tal vez la cuestión fundamental consistía en adecuar la estructura formal del *Hippias*, semejante a otros diálogos de la primera época, con ciertos contenidos que no parecían propios de las preocupaciones platónicas en ese período. Entre esos contenidos destacaba la peculiar anomalía «ontológica» surgida en torno al concepto *τὸ καλόν*, para cuya delimitación tan oportuna habría sido la

teoría de las ideas. Pero la búsqueda del contenido de la «belleza», tal como se expone en el *Hippias*, parece configurar una Ontología que, en algunos momentos, se aproxima a la aristotélica: una Ontología intramundana, según la cual el contexto teórico de lo percibido está realmente en el mundo de los fenómenos, en el mundo del lenguaje. Estas dificultades, y no sólo los problemas terminológicos del *Hippias*, habían levantado serias dudas sobre su autenticidad.

Pero el problema fundamental del trabajo reseñado no es intervenir en una polémica hasta cierto punto innecesaria y vacía. La pretensión de Ludlam consiste, más bien, en conectar el desarrollo «dramático» del diálogo con los supuestos contenidos filosóficos, y seguir así el valor argumentativo de los interlocutores. Sin embargo, a lo largo de la lectura de un estudio tan minucioso surge, una vez más, el problema de este tipo de investigaciones. Seguir paso a paso lo que discuten Sócrates, *Hippias* y ese misterioso «interrogador» ausente; decirnos, de nuevo, lo que dicen, por muchos merodeos que hagamos en la descripción de ese decir, puede llegar a ser una tarea pseudofilológica que, desgraciadamente, se ha convertido, hace ya decenios, en un socorrido recurso. Es cierto que en la mera descripción de lo que «pone» el diálogo cabe siempre sacar una punta de originalidad en la manera de exponerlo; pero esto no suele ser frecuente.

Un libro como el de Ludlam, que supone un esfuerzo serio de lecturas sobre Platón y el platonismo, nos sitúa ante el problema de una metodología que parece no salir de los estrechos límites que repiten, incansablemente, lo ya dicho y que, en ese repetir, por mucho que se utilicen recursos más o menos analíticos, no se rompe la inmediata clausura de las palabras. No estaría de más, hoy, un esfuerzo por aprender otra manera de dialogar con el creador de los «diálogos».

EMILIO LLEDÓ

CITRONI, M., P. FEDELI, G. PADUANO y A. PERUTELLI.— *La poesia latina. Forme, autori, problemi*. Studi Superiori, 107. Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1991, 221 pp.

Este volumen, junto con su homólogo dedicado a la prosa (A. Barchiesi, A. La Penna, G. Mazzoli y E. Narducci, *La prosa latina. Forme, autori, problemi*, Roma 1991), completa el proyecto de la editorial acerca de la literatura romana y complementa el dedicado a la literatura griega (G. Arrighetti, A. Barchiesi, G. Cambiano, E. Gabba, M. T. Luzzatto, F. Montanari, G. Paduano y R. Pretagostini, *Da Omero agli Alessandrini. Problemi e figure della letteratura greca*, Roma 1988).

Si pensamos que los manuales de literatura deben brindar valoraciones literarias apoyadas en una lectura crítica de las grandes obras, la aparición de este nuevo manual de poesía latina constituye todo lo contrario. Ya en el prefacio que hace el editor (p. 9) se nos dice que el objeto de la obra ha sido proponer una síntesis de la problemática fundamental en este campo.

El libro se distribuye en cuatro apartados fundamentales: épica y poesía didascálica (A. Perutelli), poesía lírica, pastoril y elegíaca (P. Fedeli), sátira, epigrama y fábula (M. Citroni), y teatro (G. Paduano). Su contenido cubre la literatura pagana romana desde sus orígenes hasta finales del s. III d.C.

En general, observamos un gran desequilibrio y una falta de homogeneidad entre unos géneros y otros a causa quizá de los distintos autores y a no tener claro qué tenía que hacer cada uno. Asimismo, la bibliografía, aunque actualizada hasta 1990, carece casi de referencias a las publicaciones españolas.

En el primer capítulo el A. describe, de una forma asequible, la épica romana sin aportar nada nuevo a lo que ya mostrara Bieler en su manual. Dos ideas destacaríamos sobre lo demás: en primer lugar, las obras no son valoradas en sí mismas, sino en relación con la literatura griega; y, en segundo lugar, el excesivo uso del factor psicológico en el estudio de los personajes. En nuestra opinión, hay una cierta descompensación entre el espacio dedicado a las grandes obras y sus autores y los escritores menores; así, mientras que la *Eneida* la despacha en seis páginas, utiliza cuatro para Valerio Flaco y una para Cicerón.

El segundo capítulo nos parece mucho más jugoso y consistente. El A. entra en profundidad, generalmente, en las obras y hace detallados estudios de las mismas, ofreciendo diversas teorías para cada tema y hasta incluyendo su propia valoración personal. Además, hace referencia directa a los textos y los cita, hecho que no nos debe extrañar en un filólogo como P. Fedeli, que se dedica fundamentalmente a la edición y crítica de textos latinos. Satisfactorios, cuando menos, son los apartados dedicados a las *Bucólicas* de Virgilio, al Horacio de las *Odas* y los *Epodos*, así como los referentes a la elegía, donde merece especialmente atención el de Cornelio Galo, por encontrarse muy puesto al día. Muy buena nos parece la reflexión final acerca de Propertio, al entroncar temáticamente su obra con Catulo y técnicamente con los poemas helenísticos. Entre los lunares que se pueden detectar está la ausencia de las *Epistulae* de Horacio, de las ideas de Cairns sobre los orígenes de la elegía, de la procedencia del término, la excesiva dependencia de la elegía de Catulo (*carmen* 68). La bibliografía carece de títulos referentes al lenguaje erótico como *El latín erótico* de Montero Cartelle o *The Latin Sexual Vocabulary* de Adams. Pero, quizá, es Ovidio quien sale peor parado, pues en todo el libro no se habla ni de las *Heroidas* ni de las *Pónticas*, ya que Fedeli las considera literatura epistolar y no puramente elegíaca. Compartimos con el A. que los *Tristia* recibieron la forma de la elegía amorosa, es decir, el distico elegíaco, pero nosotros añadiríamos que también adaptó los motivos y los temas de aquélla (cf. B. R. Nagle, *The Poetics of Exile*, Bruselas 1980). Finalmente, la bibliografía carece de las ediciones de las distintas obras.

Sátira, epigrama y fábula, géneros tradicionalmente poco estudiados en los manuales, encuentran en esta obra un profundo y extenso tratamiento (cerca de 70 pp.). El capítulo se abre con la identificación del género literario y del término *satura*, ofreciendo el A. los dos usos del mismo. El segundo apartado trata de sus orígenes y de la *satura* de Ennio. En él describe las distintas teorías, tanto antiguas como modernas, sobre el tema, para llegar a la conclusión de que esos orígenes no están claros, salvo que no son griegos, hecho del que parten los problemas para buscar su procedencia, y que lo único cierto es que en Ennio *satura* es una mezcla de contenidos y de ritmos y que la sátira como tal surge con Lucilio. Tras estos apartados introductorios, Citroni comienza el estudio de cada autor (Lucilio, Varrón, Horacio, Persio y Juvenal), dando de ellos magníficas pinceladas, que se colman con una espléndida y completa bibliografía. Si fecundas son las páginas dedicadas a la sátira, no lo son menos las destinadas al epigrama, en las que hace un repaso del mismo desde Ennio, pasando por Lutacio Cátulo, Catulo y su entorno hasta Marcial. Finaliza con la fábula, a la que trata en pocas pero provechosas páginas, sin olvidar en la bibliografía los diversos artículos de Adrados, aunque sí omite su obra, en cuatro volúmenes, *Historia de la Fábula Greco-Latina*.

Guido Paduano comienza su capítulo sobre el teatro con Plauto. A modo de introducción a éste, habla del retorno del héroe cómico y de la Comedia Nueva como modelo funcional, aunque desde un punto de vista más sociológico o antropológico

que literario. Posteriormente se centra en cada grupo de comedias según el argumento o el tipo de los personajes; así empieza con el *Epidicus* y continúa con *Bacchides*, las comedias cuya trama es la rivalidad entre padre e hijo, *Asinaria*, las comedias contra los *lenones*, *Miles gloriosus*, las comedias de los engaños anómalos, y termina con las comedias sin engaño. En este recorrido, que podía haber sido mucho más profundo, basa su exposición principalmente en el argumento de cada comedia, dejando a un lado aspectos tan importantes como la *contaminatio* o la lengua plautina. Semejante estructura sigue con las comedias de Terencio, centrándose, asimismo, en el argumento y dejando al lado aspectos como, por ejemplo, el estudio de los personajes.

Finalmente, hace un rápido recorrido por la tragedia romana arcaica, en la que ve una romanización de la tragedia eurípidea, rematando el trabajo con las obras de Séneca. En una breve introducción, el A. apunta que Séneca había incluido los colores violentos del patetismo y la reflexión, que se filtran a través de su particular concepción de los sistemas filosóficos y, especialmente, del estoicismo. A continuación va describiendo, como en los comediógrafos, las distintas obras, pero ahora contraponiéndolas al modelo griego y termina con un estudio del héroe positivo. La bibliografía de este capítulo, si bien no es la más completa que se puede ofrecer, sí es lo suficientemente importante. En ella habría que destacar la claridad en su presentación, dando, por un lado, las ediciones y comentarios y, por otro, los estudios.

En resumen, es un libro desigual, en el que, en mi opinión, los apartados de la lírica y de la sátira sobresalen sobre los demás.

EULOGIO BAEZA ANGULO

LÓPEZ LÓPEZ, MATÍAS.— *Los personajes de la comedia plautina: nombre y función*. Lérida, Pagès Editors, 1991, 324 pp.

Que el nombre de los personajes de la comedia clásica suele tener una relación estrecha con el modo de ser y de comportarse del que lo ostenta es algo que ya había señalado Donato en uno de sus comentarios terencianos, en concreto al verso 26 de la comedia *Adelphoe*, que aparece reproducido, a mi entender con gran acierto, al comienzo del libro que estoy comentando: *Nomina personarum, in comoediis dumtaxat, habere debent rationem et etymologiam...* Por otra parte, es opinión común la consistente en afirmar que Plauto ha cuidado exquisitamente la elección de los nombres dados a los personajes de sus comedias, utilizados sin duda como un elemento más de su comicidad, por cierto de importancia nada despreciable. Sin embargo, no existía hasta el momento un estudio suficientemente amplio, bien programado y exhaustivo sobre los nombres de los personajes plautinos, como este que ahora nos ofrece el profesor de Filología Latina del Estudi General de Lleida, Matías López López, que es, en realidad, una revisión de su tesis de doctorado.

El trabajo llevado a cabo por este autor se explica con todo detalle en su «Introducción» (pp. 13-18); en ella, después de recordar, con la valoración correspondiente, los estudios sobre el tema de la onomástica personal plautina que precedieron al suyo, señala López López la necesidad que existía de proceder a un nuevo planteamiento del asunto, vista la insuficiencia, el envejecimiento, o la parcialidad, de los anteriores. La finalidad del que ahora nos ofrece se especifica en el siguiente párrafo: «Desde esta perspectiva he afrontado el análisis de todos los nombres propios plautinos, persuadido de que en ellos radica una de las fuentes de comicidad de este

autor y uno de sus rasgos estilísticos más señeros. Aunque tal fenómeno no sea exclusivo de Plauto, sus comedias, más exuberantes y bulliciosas que las de Terencio (por ejemplo), propician de modo óptimo esta modalidad de juego verbal entre el nombre y la cosa, entre el nombre que se da a los personajes y la función de éstos en la trama» (p. 15). Con estos presupuestos, analiza López López en su libro un total de trescientos cuarenta y siete nombres, sobrenombres y mote, que aparecen en las comedias de Plauto para designar a sus personajes.

Como era de esperar, la parte más interesante del libro se encuentra en su núcleo central, titulado «Elenco de nombres» (pp. 23-215), donde aparecen estudiados con todo detalle la inmensa mayoría de esos 347 nombres, ordenados alfabéticamente, lo cual facilita al máximo la consulta del libro. En cada uno de los nombres se indica el tipo de personaje a que corresponde y título de la comedia en que se encuentra; sigue su forma griega, en caso de haberla; lugares donde aparece, en la literatura o la epigrafía, antes o después de Plauto; etimología del nombre; traducciones que le han dado otros autores, a las que se suma la propuesta para cada caso por López López; razón del nombre y adecuación a las características del individuo que lo ostenta.

Tenemos, pues, una especie de *Onomasticon* plautino de carácter dramático, muy útil desde muchos puntos de vista, que conlleva un gran esfuerzo de análisis, documentación e interpretación de ese elevado número de nombres a que vengo refiriéndome. Pero, además de ello, el autor saca del estudio del conjunto una serie de interesantes conclusiones sobre acuñaciones plautinas, origen de los nombres plautinos, formación de los nombres plautinos, *ratio* de los nombres plautinos, los nombres plautinos y la tradición cómica griega, y, en fin, analogía y contraste de significado entre nombres plautinos. Una «Bibliografía», adecuadamente organizada, y la confección de unos utilísimos «Índices suplementarios», proporcionan al conjunto de esta obra el valor de un trabajo cuidado y bien acabado.

En suma, el libro de Matías López López responde perfectamente a lo que se promete en su título, presentando de forma clara, inteligente y ordenada los nombres de *Los personajes de la comedia plautina*. Un trabajo arduo, muy de agradecer, y que, en mi opinión, consultarán con provecho quienes se interesan por el espléndido legado cómico de Plauto, una de las figuras más grandes del teatro universal.

ANDRÉS POCIÑA

ANGELUCCI, PAOLO. *Teoria e prassi del rapporto con i modelli nella poesia esametrica latina*. Roma, Herder, 1990, 88 pp.

El presente librito recoge la reedición (sin modificaciones) de dos artículos del autor con unidad temática, a propósito de las relaciones de poetas latinos con sus modelos. La obra constituye, pues, una incursión en el ámbito de la llamada «Crítica de Fuentes» (*Quellenforschung*), entendiéndose por tal el estudio de las alusiones o referencias de un autor a otro, en contenido y expresión.

Como es sabido, este tipo de estudios, aplicado a la literatura grecolatina, cobró gran auge en el contexto de la crítica positivista del siglo XIX, época en que proliferaron (sobre todo por los lares germánicos) libros y disertaciones con títulos de esta guisa: *De Virgilio poetarum imitatore testimonia*, *De Statio ueterum poetarum imitatore*. Pero tales estudios eran frecuentemente meros acervos de paralelos (reales o su-

puestos), sin mayor discusión. Hoy se asiste a un interés renovado por la Crítica de Fuentes, concebida como una parcela dentro de la Estética de la Recepción, con una aproximación más científica, que explora, entre otros, los siguientes aspectos: tipología de la influencia, motivación (del escritor que imita) y detección del préstamo (entre los lectores). A los trabajos sobre esta cuestión aducidos por el autor en p. 79, n. 1, conviene añadir el estudio cimero de R. F. Thomas sobre los *Georgica* de Virgilio (cuyas conclusiones son aplicables a otros textos clásicos): «Vergil's *Georgics* and the art of reference», *HSCPh* 90, 1986, pp. 171-98.

Creo que la Crítica de Fuentes, aplicada con precaución y datos, es imprescindible para un conocimiento cabal de la Literatura Latina, por dos razones: a) entre los antiguos no existía la obsesión actual por la originalidad artística (obsesión que, como el propio a. nos recuerda en la p. 1, nace sustancialmente con la estética del Romanticismo); b) los propios críticos antiguos, como Aulo Gelio o Servio (el comentarista de Virgilio), practicaban frecuentemente dicha Crítica.

Pues bien, este libro constituye una buena introducción a la Crítica de Fuentes en el campo de la poesía hexamétrica latina. En el primer artículo recogido, de carácter teórico («La tipología macrobiana dei rapporti tra poeta e modelli nella poesia esamétrica latina», publicado originalmente en *RCCM* 26, 1984, pp. 176-196), el a. establece la clasificación tipológica de los préstamos en los poetas latinos, basándose en la teorización y ejemplificación que proporciona Macrobio en el libro VI de sus *Saturnalia* (a propósito de las relaciones de Virgilio con sus fuentes). El a. aduce también testimonios teóricos de otros autores antiguos, como Cicerón, Quintiliano o Aulo Gelio. Los principales tipos de imitación serían: 1) préstamos léxicos (de palabras aisladas); 2) préstamos de hemistiquios; 3) adaptación de versos completos (o casi completos); 4) reelaboración de un motivo que abarca 1 ó 2 hexámetros; y 5) imitación temática de *loci* (pasajes con unidad temática). Sobre los tipos 1), 2) y 3) conviene recordar, como *addendum* bibliográfico, que disponemos de una completa concordancia que recoge junturas léxicas repetidas de poeta en poeta en el seno de la poesía hexamétrica: O. Schumann, *Lateinisches Hexameter-Lexicon. Dichterisches Formelgut von Ennius bis zum Archipoeta*, Munich 1979.

En el segundo artículo («I modelli classici di Aratore. Per una tipologia dei rapporti poeta-fonte», originalmente en *BStudLat* 15, 1985, pp. 40-50) se ejemplifica en la *Historia Apostolica* de Arator la tipología de préstamos establecida previamente.

El libro viene acompañado por una fe de erratas excesivamente extensa (y hay más que no se han recogido).

Se trata, en suma, de una obra interesante, que habría mejorado si los dos artículos reeditados se hubieran actualizado bibliográficamente.

GABRIEL LAGUNA

PÖSCHL, VIKTOR. *Horazische Lyrik. Interpretationen*. Segunda ed. ampliada. Heidelberg, Winter, 1991, 415 pp.

Son doce los estudios que se añaden, en esta segunda edición, a los diez que comprendía la primera de 1970. De manera que aquellas 277 páginas se convierten ahora en 415. Todos los añadidos han sido editados previamente, en el intervalo 1975-1988, en revistas, homenajes o en los *Kleine Schriften* del autor (I, Heidelberg 1979).

Si en la primera colección de exégesis horacianas sobre las *Odas* había exclusivamente análisis monográficos de poemas (I 5, 9, 35, 37, II 16, III 1, 25, 28, 29 y 30), en esta segunda parte se incluyen también trabajos que analizan aspectos conjuntos de varios poemas, o, entrando ya plenamente en el área de la literatura comparada, confrontaciones de Horacio lírico con otros autores, antiguos o modernos. El nuevo conjunto comprende, pues, aparte de los diez estudios ya mencionados de la primera edición, los doce siguientes: cinco comentarios monográficos de odas (IV 1, I 25, 31, II 29 y III 12), una visión introductoria del tema amoroso en las nueve primeras composiciones del libro I (las llamadas «Paradeoden»), unas observaciones a III 7-12, un análisis de lo mitológico en I 7, III 11 y III 27, un estudio sobre la búsqueda de la individualidad del poeta en los ejemplos de Virgilio y Horacio, una visión conjunta sobre la lírica amorosa de Horacio y dos estudios comparatistas, el primero sobre Crates, Horacio y Pinturicchio, y el segundo sobre Ronsard, Platón y Horacio. A ello se añade una tabla de *Corrigenda*, un índice de nombres y materias, otro de pasajes citados de autores antiguos y una nota final que informa sobre la procedencia de los estudios incorporados.

Las interpretaciones de Pöschl son siempre brillantes, y convincentes casi siempre. Su comentario atiende convenientemente a las cuestiones formales, y en especial a la composición o arquitectura del poema (así sus propuestas sobre la construcción de II 19, con contrastes y correspondencias circulares, según parece advertirse, paralelamente, en otras muchas piezas horacianas) y a la indagación sobre la presunta organización armónica del *corpus* lírico horaciano por medio de proyecciones y correspondencias que parecen conformar una arquitectura equilibrada (véase su propuesta de correspondencia entre las odas eróticas de comienzos del libro I: «die Gedichte 4/5 und 8/9 sind paarweise und spiegelsymmetrisch angeordnet», p. 337). Pero no sólo resuelve cuestiones de macroestructura, sino que también pone de relieve el uso horaciano de importantes artificios de microestructuras, técnicas particulares del estilo: así el «höchst raffinierte Spiel» (p. 327) que constituye la, por así llamarla, reiteración semántica presente en la secuencia *Liparaei nitor... unctos* de III 12, 5-6 (cf. griego *λιπαρός*, 'brillante'), y así también en su capítulo sobre I 5 (pp. 18-28), la llamada de atención sobre el juego horaciano entre *aurea* y *aura* en relación con *fallax* (vv. 9-12 de la oda en cuestión). No se reduce, sin embargo, su exégesis, ni mucho menos, al angosto ámbito de lo formal, sino que da la importancia debida a los contenidos, al específico tratamiento de los temas, y aunque lejos siempre de un ingenuo biografismo —y el autor quiere dejar esto bien claro, como muestran las citas reincluidas que a continuación entresacamos—, se interesa también por descubrir la psicología del poeta reflejada en sus producciones («Natürlich sind wir nicht mehr so naiv, die biographische Deutung lyrischer Gedichte in dem Umfang zu akzeptieren, wie es der Positivismus des 19. Jahrhunderts tat...», p. 276; «Man muss zwischen Biographie und Psychographie unterscheiden», p. 276; «... nicht von der Biographie, aber von der Psychographie des Dichters», p. 332; «Wir fassen hier nicht die Biographie, aber die Psychographie des Autors», p. 361) para, posteriormente, alumbrar con ese reconocimiento la obra que se analiza: por esa línea va su estupendo análisis de IV 1 (pp. 264-283). Precisamente por tener bien en cuenta la persona y personalidad de quien escribe es por lo que hace puntualizaciones tan lúcidas como la de que la lírica amorosa horaciana, a pesar de coincidencias tonales con la elegía romana del momento, mantiene con ella una importante diferencia: que los poetas elegíacos son jóvenes, mientras que el poeta de las *Odas* es ya un individuo maduro (p. 272), con la consiguiente visión distinta de la realidad. Lejos, pues, asi-

mismo Pöschl de los excesos del New Criticism. Sus análisis van siempre acompañados de la necesaria referencia a textos paralelos de la obra del propio autor, de los poetas coetáneos, de los modelos griegos (véase, por ejemplo, el análisis de las varias y combinadas reminiscencias de Alceo en III 12, aliadas con otras de Safo y Arquíloco, y todo ello en conjunción con el elemento romano, en p. 324 ss.) y, lo que ya es más excepcional y, por tanto, más de agradecer, la referencia a autores modernos, testigos de los mismos temas o de usos parecidos (si bien estas incursiones predominan más bien en las notas). Pöschl revela así una amplísima cultura que beneficia extraordinariamente a sus interpretaciones: Gide, Malraux, Montherlant, Goethe, Mann, Montaigne, Rilke contribuyen a iluminar los pasajes de Horacio que se comentan; así como nuestro Ortega, al que se cita por su ensayo «Sobre el amor» en el comentario de IV 1 y III 12; y además de traer a colación a los literatos, se hace referencia esporádicamente a los artistas y a las obras de arte antiguas y modernas (el templo de Afrodita en Marsella, p. 281; Watteau y su *Embarque para Citerea*, p. 282; el Eros con Leda de una pintura mural pompeyana, p. 326; y otras varias alusiones como éstas, aparte del análisis más detenido, relativo a una obra de arte, en el estudio comparado de Crates, Horacio y Pinturicchio). Ya antes, en su estudio sobre la oda *Vides ut alta stet*, que constaba en la primera edición (pp. 30-51 de la actual), se había atrevido a insertar, como lugar paralelo de los versos horacianos *informis hiemes reducit / Iuppiter, idem / submovet; non, si male nunc, et olim / sic erit* (*Carm.* II 10, 15-18), la siguiente copla mexicana: «Toda luna, todo año, / todo día, todo viento / camina y pasa también. / También toda sangre llega / al lugar de su quietud», que dice haber encontrado «An einer Wand des Museo de Antropología, des grossartigen Museums für indianische Kultur, das im September des Jahres 1964 in der Stadt México eröffnet wurde» (p. 37), y había echado mano de tal sentencia poética no gratuitamente, sino acompañándola de la siguiente explicación: «Diese volkstümliche Weisheit findet sich wohl bei allen Völkern», lo que la hacía adecuada y plenamente oportuna. He ahí, pues, una bien indicativa muestra de la amplitud de miras y referencias en los comentarios del autor de este libro. Esa plausible tendencia al comparatismo literario (¿cabe entender una obra si no es por contraste con otras?), que es dado observar a lo largo de sus páginas, culmina en los dos referidos capítulos finales, donde lo griego (Platón, Crates), lo latino (Horacio) y lo occidental-europeo (Pinturicchio, Ronsard), se contemplan como tradición y cadena.

Decíamos al principio que las interpretaciones de Pöschl resultan convincentes casi siempre. Un caso, por ejemplo, en el que resulta difícil asentir a su propuesta es el de la interpretación simbólica de III 28 (pp. 189 ss. y 391-392): siendo discutible tal interpretación, es también discutible, consiguientemente, la cadena de relaciones que establece entre Platón, Horacio y Ronsard; el último terceto del comentado soneto de Ronsard («Et si voudroy que ceste nuict encore / Fust eternelle, et que jamais l'Aurore / Pour m'esveiller ne rallumast le jour»), más que con Platón o con lugar alguno de Horacio, tiene, a mi juicio, afinidad, en todo caso, con la «albada» de los poetas provenzales, tipo de composición que, por su tema (lamentos del amante al llegar el alba y tener que separarse de la amada), se ha puesto en relación con Ovidio *Amores* I 13 (cf. H. Fränkel, *Ovid. A poet between two worlds*, Berkeley-Los Ángeles 1949, p. 11 ss.).

En p. 331, a propósito del comentario de III 12, se dan, muy acertadamente, como lugares paralelos del tema de la composición, la inactividad producida por el enamoramiento, dos pasajes virgilianos: el de *Aen.* IV 86 ss., relativo a Dido (*non coeptae asurgunt turres... / ... pendent opera interrupta minaeque / murorum ingentes*

aequataque machina caelo) y el de *Ecl.* II 70, relativo a Coridón (*semiputata tibi frondosa uitis in ulmo est*). Pues bien, como lugar paralelo en el marco de la propia poesía horaciana yo citaría el epodo XIV, en el que el poeta confiesa su inercia poética producida por el amor (*deus nam me uetat / inceptos, olim promissum carmen, iambos / ad umbilicum adducere*) y la oda I 8, que invierte precisamente el tema de III 12 y presenta con esta pieza algún paralelismo: en aquella oda el poeta se dirigía a una mujer, Lide, a la que se acusaba de haber dado lugar con su seducción a que Sibaris —un deportista que aparece caracterizado con similares rasgos al Hebro de III 12— dejara, enamorado de ella, todas sus ocupaciones deportivas y militares. Creo que este paralelismo y contraste podría apoyar la propuesta, que hago desde estas líneas, de que I 8 y III 12 sean la una réplica de la otra (como IV 7 de I 4), con inversión de papeles entre la joven y el deportista: allí era él el que, enamorado de Lide, abandonaba sus ocupaciones; aquí es Neobule, a quien se dirige Horacio, la que, enamorada, deja caer de sus manos el canastillo de las labores.

Tal vez el principal reproche que habría que hacer a este libro es el de su presentación. No ha habido ninguna regularización con respecto a la edición de los trabajos, sino que han sido reproducidos exactamente, tal cual, a partir de su originaria fuente. De manera que la tipografía es variable de unos a otros y, concretamente, en el capítulo dedicado a IV 1 (pp. 264-283) excesivamente diminuta. Unos capítulos, en consecuencia, tienen notas y otros no (incluyen entre paréntesis, en el cuerpo del texto, las referencias bibliográficas); de los que tienen notas, la mayoría las tienen a pie de página, pero otros (el relativo al tema del amor en las «Paradeoden», y el de la lírica amorosa horaciana) las tienen al final. Y eso da al libro apariencia inevitable de *codex facticius*. Pero esta mejorable presentación no obstaculiza ni merma en absoluto la extraordinaria calidad de los trabajos que aquí se recogen.

VICENTE CRISTÓBAL

LA PENNA, ANTONIO.— *Tersite censurato e altri studi di letteratura fra antico e moderno*. Pisa, Nistri - Lischi Editori, 1991, 472 pp.

Tersite censurato es una recopilación de «estudios que atañen casi en su totalidad a la presencia de textos antiguos en la cultura europea moderna, desde Petrarca hasta los comienzos de nuestro siglo» (p. 9). Excepto dos («Tersite censurato», pp. 154-168, y «L'*Iliupersis* virgiliana e la rovina di Roma: una nota sul *Bruto Minore* di Leopardi», pp. 337-344), los restantes trabajos (diecinueve, excluyendo los dos mencionados) han sido publicados con anterioridad en revistas y volúmenes colectivos a partir del año 1976.

El interés del autor por este tipo de estudios no es reciente, como él mismo señala. Parte del convencimiento de que toda investigación acerca de las literaturas europeas modernas ha de tener en cuenta, por fuerza, la presencia en ellas de los autores y obras de la Antigüedad (p. 9). Se trata de una perspectiva que también cuenta con numerosos cultivadores en nuestro país, especialmente atentos a los ecos clásicos en el Humanismo y el Siglo de Oro; ahora bien, frente a la idea, ampliamente compartida, de que los resultados de estas investigaciones enriquecen por igual al especialista en Literatura Española y al filólogo clásico, La Penna se muestra algo más cauto: «Ben poco, invece, in questi studi si troverà che sia utile per la storia della filologia classica, un campo in gran parte da esplorare» (p. 35). Lo cierto es que, al margen

del indudable interés que este tipo de trabajos reviste para la Historia de la Literatura Griega y Latina (cosa que nadie discute), hay otros ámbitos, como el de la Pervivencia de la Cultura Clásica o la Historia de la Filología Clásica, que reciben igualmente grandes beneficios, quizá no de modo directo, pero sí en la medida en que se explicitan las formas, las direcciones, las dificultades y los medios con que se ha producido este vasto proceso de transmisión cultural, así como la actitud de sus protagonistas al respecto.

Comienza el libro con una extensa introducción de carácter teórico («Riflessioni sul metodo», pp. 10-36), en la que el autor fija su propia posición en relación con el asunto que vertebra y unifica la totalidad de los trabajos recopilados, sintetizado en una expresión que ya acuñara en los años 40 el maestro de La Penna, Giorgio Pasquali: «l'arte allusiva», que se ocupa de las relaciones entre los textos, la elaboración de unos textos a partir de otros... Es éste un hallazgo de la poesía alejandrina, verdadero trabajo de filólogos, desarrollado ya en la Antigüedad en el seno de la enseñanza gramatical y conservado hasta el Humanismo, donde conocerá notable florecimiento (al respecto, La Penna incluye un estudio acerca de la teorización de esta «arte allusiva» en *De arte poetica* de Girolamo Vida, pp. 193-199); sus frutos más logrados, empero, se deben a los eruditos alemanes de los siglos XVIII-XIX, especialmente F. Leo, E. Norden y E. Fraenkel.

En relación con esta línea de trabajo, La Penna pasa revista a sus características y exigencias (con particular atención al contexto cultural que determina la forma en que cada autor se acerca y lee a sus antecesores), a los grados o niveles en que se produce la influencia del *auctor* clásico sobre el escritor moderno (alusión, cita, sugerencia inconsciente, reminiscencia...), y, sobre todo, a las relaciones, tan conflictivas como fructuosas, que se establecen con modernas teorías del hecho literario, especialmente las que tienen que ver con la semiótica y el estructuralismo, así como la denominada «estética de la recepción» (capaz, según La Penna, de «liquidare l'opera nella 'ricezione', à identificarla con l'interpretazione da parte del lettore», p. 20)... La Penna concluye esta parte inicial con una aguda reflexión acerca de los problemas y posibilidades de colaboración entre la crítica estética (axiológica, subjetiva) y la crítica objetiva (propia del filólogo y del historiador, más «científica»).

Además de lo dicho, la introducción está cuajada de sugerentes apuntes y observaciones desde el punto de vista de la teoría literaria: especialmente interesante lo relativo al concepto de tradición, la evolución de los géneros literarios y su relación con la obra (pp. 15-16), o su apoyo a la formulación de Gérard Genette de una Historia de la Literatura que tenga en cuenta no sólo las obras producidas en determinada época, sino también las leídas en su transcurso (p. 14), etc.

Los estudios que integran *Tersite censurato* se ordenan cronológicamente atendiendo a su contenido, partiendo de los que tienen que ver con el final de la Edad Media e inicios del Humanismo italiano, hasta la influencia de Virgilio en dos grandes escritores franceses de nuestro tiempo, André Gide y Paul Valéry. Por su temática, predominan los directamente relacionados con la Historia de la Literatura, tanto en lo referente a procedimientos compositivos (personajes, sobre todo: el coro de las tragedias griegas y latinas, Julio César, Tersites y su «traducción» virgiliana, Drances...), como más directamente a autores (Homero, Virgilio, Horacio y Tácito acaparan la práctica totalidad de los trabajos). Más afín a una Teoría de la Literatura, como queda dicho, el mencionado estudio sobre el *De arte poetica* de Girolamo Vida. Por último, hay estudios que afectan de manera preferente al plano de la cultura en general, como los dedicados a la visión que del mecenazgo latino tienen Pe-

trarca y Ariosto (pp. 81-112), la polémica dieciochesca entre Carducci y un cierto Rocco De Zerbi acerca de Tibulo, trasunto del debate contemporáneo sobre la Antigüedad Clásica desde perspectivas exclusivamente moralizantes (pp. 366-391), o el redescubrimiento de Grecia y su cultura en este mismo siglo en relación con una obra del propio Carducci, las *Primavere elleniche* (pp. 349-365).

Un panorama amplio y rico, como bien puede verse. Y si el interés del autor se centra en la parte estética, no por ello deja de lado facetas que en otras obras ha cultivado con notable cuidado y acierto: las ideas morales y políticas, el contexto social en que se genera y, en el caso presente, se lee cada obra, cada autor. Sus estudios sobre la influencia de Tácito en Diderot, la presencia o ausencia del coro en las tragedias griegas, latinas y renacentistas, el mencionado debate moral sobre Tibulo y la Antigüedad en la Italia del siglo XVIII... son pruebas evidentes de las enormes posibilidades que encierra esta otra perspectiva.

JOSÉ J. CAEROLS PÉREZ

BLÁZQUEZ, JOSÉ MARÍA.—*Religiones en la España antigua*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1991, 445 pp.

En su encomiable propósito por reeditar sus abundantes trabajos de investigación, el prof. J. M. Blázquez nos ofrece en este volumen una pequeña selección de artículos bajo el denominador común del universo religioso de la España antigua. Se trata de veinte contribuciones, agrupadas en cuatro grandes apartados, a saber «Dioses y rituales», «Necrópolis, rituales y creencias funerarias», «Religión y urbanismo» y «Cristianismo». El primero es el más consistente, pues se centra en cuestiones más generales y, al mismo tiempo, con mayor posibilidad de aspectos particulares, y así se encuentran en él varios trabajos sobre divinidades indígenas, con especial incidencia en los teónimos; también se demuestra el interés del autor por la influencia que sobre la primitiva religión peninsular ejercieron los diferentes pueblos colonizadores (fenicios, griegos, romanos), dando lugar a diversos sincretismos y a la aceptación por parte de los indígenas de nuevos elementos y actitudes religiosas; el capítulo se completa con un trabajo sobre santuarios ibéricos y una interesante aportación al problema de la destrucción de la escultura religiosa, con implicaciones en el ámbito socio-político. El segundo capítulo, centrado en el mundo funerario, reúne cuatro trabajos dedicados preferentemente a las poblaciones indígenas de la alta Andalucía, con especial dedicación al testimonio proporcionado por el rico yacimiento arqueológico de Cástulo, localidad perfectamente conocida por el autor gracias a las múltiples campañas de excavación que dirigió en este lugar. El tercer capítulo nos descubre interesantes aspectos del mundo religioso de la ciudad, en el que de nuevo se incluyen elementos aportados por los pueblos colonizadores; el prof. Blázquez ofrece un panorama muy completo de la cuestión tomando como guía cuatro ejemplos de los más representativos: Mérida, Itálica, Cartago Nova y Cádiz. Por último, el capítulo dedicado al cristianismo se nos antoja en principio muy escaso, pues los profundos conocimientos del autor se sintetizan tan sólo en dos trabajos; en compensación, justo es reconocer lo atinado de la selección; el primero de los artículos retoma la idea, siempre defendida por el prof. Blázquez, sobre el origen africano del cristianismo hispano, ahora reafirmada mediante un detenido análisis de un tex-

to de Cipriano; el segundo artículo se centra en la interesantísima figura de Prisciliano y la doctrina ascética que se desarrolló a partir de sus enseñanzas.

A pesar de las evidentes limitaciones que presenta un libro de estas características, su aparición debe considerarse de forma muy positiva. La acertada selección de los trabajos, que incluye uno inédito («Urbanismo y religión en Cádiz»), hasta cierto punto proporciona una difícil unidad al conjunto, y desde luego puede tenerse como instrumento de gran utilidad para sumergirse en tan interesante mundo. Y lo dicho valga no sólo para el especialista —a quien sin embargo no le será fácil encontrar en su versión original la totalidad de los trabajos incluidos en el volumen, por otra parte actualizados en su aparato crítico—, sino en general para todo lector curioso e interesado por la historia más antigua de la Península Ibérica.

JORGE MARTÍNEZ-PINNA

MONTERO, SANTIAGO. — *Política y adivinación en el Bajo Imperio romano: emperadores y harúspices (193-408 d.C.)*. Col. «Latomus», núm. 211. Bruselas, Latomus, 1991, 195 pp.

En los últimos años los estudios sobre la influencia de la religión etrusca y, particularmente, de la llamada *Disciplina Etrusca*, sobre el mundo romano han recibido un impulso casi decisivo. Desde la vieja publicación de C. O. Thulin, *Die Etruskische Disciplin*, Gotemburgo 1903, hasta el presente, pocos han sido los estudiosos que se hayan interesado por el tema.

Sin embargo, recientemente dicho tema viene suscitando un sorprendente interés. Dejando a un lado los valiosos trabajos de Van der Meer, Maggiani, Jelnický, Morandi o Roncalli sobre la haruspicina etrusca (y particularmente sobre el conocido hígado de Piacenza), dados a conocer en la década de los ochenta, cabría citar por ejemplo, el número monográfico dedicado por *Caesarodonum* (1991, supl. núm. 60) a «Les écrivains du siècle d'Auguste et l'Etrusca Disciplina» con importantes colaboraciones de Bloch, Massa Pairault, Briquel, Champeaux, Fabre-Serris, Berthet, Guillaumont y André o la próxima publicación de las Actas del *Convegno internazionale* que sobre la *Disciplina Etrusca* se celebró en Orvieto en enero de 1987.

D. Briquel ha centrado gran parte de su labor investigadora en este mismo ámbito, publicando, por ejemplo, «Etrusca Disciplina et origines étrusques», en *La divination dans le monde étrusco-italique*, *Caesarodonum*, supl. 52, 1985, pp. 3-22; «Art augural et Etrusca disciplina: le débat sur l'origine de l'augurat romain», *Caesarodonum*, supl. 56, 1986, III, pp. 68-100, etc. También merecen destacarse —en esta línea— los trabajos de A. Volvo sobre la ninfa Vegoia, recopilados en *La profezia di Vegoia. Proprietà fondiaria e aruspicina in Etruria nel I sec. a.C.*, Roma 1988.

La monografía de S. Montero que presentamos reúne, sin embargo, características distintas. La primera, la de centrarse no en el estudio de la influencia de los libros sagrados etruscos sobre las fuentes latinas (cosa que había hecho ya en su artículo «Etruria en las *Punica* de Silio Itálico», *Studi Etruschi* 50, 1982-1983, pp. 41-51, adelantándose así a muchas de las obras anteriores) sino en el ámbito político. La obra de Montero está centrada en los intérpretes de esta *Disciplina*, es decir, en los harúspices y su relación con el poder político romano.

Dicho aspecto es estudiado a lo largo de un período cronológico muy determina-

do — los siglos III y IV d.C. — en el que difícilmente habríamos podido sospechar la influencia de esta corporación sacerdotal en la vida política romana, como lo demuestra la casi total ausencia de estudios. Consecuentemente son muchos y variados los aspectos estudiados: las relaciones de los harúspices con aquellos emperadores que quieren legitimar su dinastía (I: «El resurgimiento de la haruspicina pública: la dinastía de los Severos»), con los usurpadores, con los emperadores cristianos (V: La actitud de Constantino hacia los harúspices»; VI: «Los harúspices en la clandestinidad: Constancio II»; VIII: «Las últimas intervenciones públicas de los harúspices: la época de Teodosio y Honorio»), con el Senado (II: «Senado y harúspices: la crisis del siglo III d.C.»), su colaboración en las persecuciones cristianas (III: «Los harúspices y la Gran Persecución»), sus enfrentamientos con los representantes de la filosofía neoplatónica (VI: «Harúspices contra filósofos: el emperador Juliano») o los juicios incoados contra estos adivinos (VII: «La haruspicina bajo la dinastía valentiniana: procesos contra los harúspices»).

No duda en recurrir su autor a todo tipo de fuentes disponibles — escritas y epigráficas sobre todo — aunque en ocasiones se eche en falta una mayor crítica textual y quizá una más exhaustiva utilización de la epigrafía. Pero el resultado es el de una obra rigurosa, de interés no sólo para el conocimiento de las pervivencias etruscas en época romana sino también, muy especialmente, de la política senatorial e imperial de estos siglos. La bibliografía consultada — que el autor recoge al final — pone de manifiesto su trabajo en las universidades alemanas y británicas. El libro se cierra con unos índices — de fuentes, de autores modernos y un tercero onomástico y toponímico — a los que ya nos tiene acostumbrados Latomus. Finalmente debemos felicitarlos de que esta prestigiosa colección belga haya acogido la obra de S. Montero (la primera en lengua española) abriendo así la puerta a otras futuras colaboraciones de nuestros estudiosos.

Sin duda la presente monografía, unida a otros artículos que su autor anuncia («Haruspicina y ritual mitraico», en *Actas del II Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Coimbra 1990; «Los harúspices y la moralidad de la mujer romana», *Athenaeum*, e.p.), servirán — en el marco de los estudios que enumerábamos anteriormente — para dar un impulso que nos atrevíamos a calificar casi de definitivo a un tema durante tantos años abandonado: la influencia del mundo religioso etrusco sobre la religión, la literatura y — a través de los harúspices — la política romana.

J. M. BLÁZQUEZ

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

MOMIGLIANO, A. — *The Classical Foundations of Modern Historiography*. University of California Press, Berkeley-Los Ángeles-Toronto, 1990, XIV + 162 pp.

El presente libro tiene su origen en las «Sather Classical Lectures» impartidas por Momigliano en 1961-2, cuyo texto no fue publicado en vida del autor. Entre los documentos que dejó a su muerte, en 1987, aparecieron distintas copias de estas «Lectures» provistas de anotaciones, correcciones y esbozos de un cuerpo de notas. Todo apunta, pues, a que M. proyectaba reelaborar el texto y completarlo con notas e indicaciones bibliográficas; tal proyecto nunca llegó a completarse, pero las copias

halladas prueban que el autor procedió a posteriores revisiones de su obra, revisiones que al menos en dos casos —los de los capítulos 4 y 5— desembocaron en versiones sustancialmente modificadas. La ejecutora literaria de M., Anne Marie Meyer, del Warburg Institute, ha colacionado las diferentes copias a fin de publicar una versión que reproduzca el último nivel de redacción. El texto resultante consta de una breve introducción, seis capítulos y una conclusión; los capítulos llevan por título «Persian Historiography, Greek Historiography and Jewish Historiography» (cap. 1), «The Herodotean and the Thucydidean Tradition» (2), «The Rise of Antiquarian Research» (3), «Fabius Pictor and the Origins of National Historiography» (4), «Tacitus and the Tacitist Tradition» (5) y «The origins of Ecclesiastical Historiography» (6). El estado de los manuscritos no ha parecido autorizar la reconstrucción de las notas, de las que carece el texto dado a la imprenta; a cambio una «Bibliographical Note» (pp. XIII-XIV) remite a aquellas otras publicaciones de M. que ofrecen referencias sobre los temas tratados en este trabajo póstumo. Un prólogo de R. Di Donato presenta la obra y explica las vicisitudes del texto publicado. Cierra el libro un índice de nombres propios.

La simple enunciación de los títulos correspondientes a los diferentes capítulos delata la amplitud de la mirada que lanza M. sobre la tradición historiográfica. Dicha amplitud constituye la base en que halla sólido asiento todo el edificio de la obra, a lo largo de la cual el autor señala cómo las diversas actitudes de la historiografía moderna tienen precedentes distinguibles en las varias corrientes que conforman la producción histórica grecorromana; y conviene aquí subrayar el término variedad, pues un sector minusvalorado o poco conocido de dicha producción, como la erudición anticuaria, puede ofrecer un precedente de importancia igual al que proporcionan modelos ampliamente estudiados, como Heródoto o Tácito. A partir de esta premisa M. efectúa un recorrido de doble ganancia: por un lado brinda una radiografía de la literatura histórica occidental gracias a la cual la palabra tradición adquiere un sentido pleno y exacto; por otro la imagen misma de la historiografía clásica gana precisión y perspectiva, pues el examen de las líneas conceptuales por las que, a partir de la Antigüedad, se desliza el pensamiento histórico de Occidente sirve para poner en evidencia cuáles son las limitaciones y cuáles las virtualidades de aquellas construcciones teóricas en que toma inicio el planteamiento actual de la historia.

Para efectuar una tarea como la descrita se necesita algo que, según demuestran muchas páginas de la presente obra, M. poseía en abundancia: un conocimiento vivo e inmediato de la tradición historiográfica. El tiempo nunca pasa en vano, y el lector avezado en el conocimiento de la historiografía clásica topará reiteradamente con desarrollos y esbozos superados o ampliamente matizados por estudios posteriores. Son mayoría, sin embargo, aquellos pasajes en que M. deshace con soltura y elegancia tópicos firmemente arraigados aun hoy día, en que traza hipótesis tan admirables por su inteligencia como por su simplicidad o en que descubre de un plumazo perspectivas no desveladas a los ingentes esfuerzos de erudición que desplegaron autores menos dotados.

Se trata, en definitiva, de un libro importante. Los incondicionales del erudito italiano no se verán defraudados. Y cualquier estudioso del pensamiento o la literatura historiográfica hallará en él todo un caudal de ideas, estímulos y sugerencias.

JOSÉ M. CANDAU

BRADLEY, KEITH R.—*Slavery and Rebellion in the Roman World, 140 B.C. - 70 B.C.*, Bloomington - Indianápolis - Londres, Indiana Univ. Press. - B.T. Batsford Ltd., 1989, XIV + 186 pp., 2 mapas.

«En los setenta años que median entre el 140 y el 70 a.C. Roma se enfrentó a tres grandes insurrecciones de esclavos, cada una de las cuales implicó a enormes cantidades de disidentes. Dos de las insurrecciones tuvieron lugar en Sicilia, la isla que se había convertido en la primera provincia ultramarina de Roma tras su primera guerra contra Cartago. La tercera, la más notable de las tres a causa del liderazgo del gladiador Espartaco, ocurrió en Italia y en determinado momento supuso una amenaza potencial para la propia Roma. Esta secuencia de acontecimientos fue única en la historia de Roma, ya que levantamientos de esclavos a tal escala nunca se habían conocido con anterioridad, ni tampoco se repitieron nunca episodios similares a pesar de la larga persistencia de la esclavitud en el mundo romano. Es más, estos acontecimientos también fueron excepcionales en la historia de la esclavitud en una perspectiva de mayor alcance, porque no fue sino hasta la rebelión liderada por Toussaint L'Overture en la colonia francesa de Santo Domingo, a comienzos del siglo XIX, cuando de nuevo los esclavos se levantaron contra sus dueños en grado comparable» (p. XI).

El propósito del libro de K. R. Bradley es ofrecer un relato «conciso y coherente», «imparcial y verosímil» (pp. IX y XII, respectivamente) de estas tres grandes revueltas. Ahora bien, ese relato depende de una interpretación de los hechos. El tema de la esclavitud ha suscitado siempre un gran interés entre los estudiosos del Mundo Clásico, interés que se ha visto muy incrementado tras la incorporación a este ámbito de planteamientos científicos dependientes parcial o totalmente de ideologías marxistas y afines. En este sentido, el fenómeno de las rebeliones de esclavos ha recibido muy diversas explicaciones en función de los planteamientos ideológicos de sus intérpretes: primitivas formas de comunismo, simple oposición a la autoridad de Roma, alzamientos generalizados de explotados contra explotadores, intentos de transformación de la sociedad, proyectos de creación de nuevos estados según el modelo helenístico o, en fin, meros episodios históricos sin ninguna trascendencia (vid. pp. XI-XII).

Frente a todo ello, K. R. Bradley parte de un presupuesto más simple y, aparentemente, más respetuoso con los hechos y con nuestras fuentes de información, del que ya había anunciado en una obra anterior, *Slaves and Masters in the Roman Empire: a Study in Social Control* (Bruselas 1984). Aquí se hacía hincapié en la existencia de una hostilidad profunda y persistente entre dueños y esclavos a lo largo de la historia de Roma. Ahora, el autor no hace otra cosa que extraer consecuencias lógicas: en tal situación, es normal que el esclavo se resista, siempre que ello le sea posible, a sus condiciones de vida, bien a través de la fuga, bien por medio de una rebelión armada contra su dueño (cf. pp. XII, 38, 104 y, especialmente, 127-132). Tal es la tesis central que articula la exposición: en términos generales, esta perspectiva, menos dogmática, no constreñida por consideraciones ideológicas, parece dar cuenta de los hechos con notable precisión, pero, como más adelante se verá, en alguna ocasión también obliga a su autor a forzar la interpretación de los datos proporcionados por las fuentes literarias.

La obra consta de seis capítulos, un epílogo y tres apéndices, a los que hay que añadir un repertorio bibliográfico bastante completo (pp. 170-183) y un índice de nombres propios (pp. 184-186). Bradley inicia su estudio buscando claves de inter-

pretación y modelos comparativos en las rebeliones de esclavos en América («Slave Resistance in the New World», pp. 1-17): aun con las debidas cautelas que exige el diferente contexto socio-económico en que se producen unas y otras, estas rebeliones muestran elementos comunes con las de la Antigüedad, empezando por los motivos, que no son otros que el simple e irrefrenable deseo de resistir a las brutales condiciones de vida impuestas por los dueños (p. 2). En cualquier caso, lo que más llama la atención a nuestro autor es la forma en que se desenvuelve la revuelta y, más en concreto, la formación de las «maroon communities», comunidades de cimarrones, esclavos fugitivos que se asientan en emplazamientos más o menos inexpugnables desde donde mantienen un enfrentamiento continuado con el poder establecido.

Antes de proceder a la reconstrucción histórica de las tres revueltas, se pasa revista al contexto en que éstas se han producido («Slavery and Slave Resistance at Rome», pp. 18-45): las condiciones de vida de los esclavos, su procedencia y vías de llegada, las formas de resistencia a la esclavitud y sus estallidos con anterioridad a 140 a.C. Aclarado el marco y los precedentes, Bradley plantea su versión de los hechos acaecidos, subrayando a cada paso una serie de pautas de comportamiento comunes a las tres revueltas, de las que depende su interpretación de las mismas como simples formas de resistencia de los esclavos frente a sus dueños: por su procedencia se trata, en los tres casos, de esclavos de primera generación, traídos muchos de ellos de áreas periféricas del Mediterráneo, no habituados a su nueva situación y, por esto mismo, prestos a escapar de ella a la menor ocasión; en segundo lugar, sus condiciones de vida son extremadamente duras; muchos de ellos se ven obligados a vivir en un ambiente de violencia generalizada, casi al margen de la ley, ya sea como «pastores-bandoleros» en Sicilia, ya como sicarios utilizados en las luchas políticas del siglo I a.C. en el caso de los gladiadores de Capua; la revuelta siempre da comienzo con un pequeño núcleo que escapa y se hace fuerte en un emplazamiento de fácil defensa, donde se convierte en un foco de atracción para otros esclavos fugitivos; las revueltas son espontáneas y no hay estrategias definidas en su desarrollo; los líderes, casi siempre aureolados con el favor especial de los dioses, adoptan formas y maneras de gobernar propias de los lugares y ambientes en que estalla la revuelta (monarquía helenística en Sicilia, mandos militares romanos en Italia); por último, hay una preocupación constante y obsesiva por la cuestión del aprovisionamiento, especialmente en lo tocante a las armas y los alimentos. Es aquí, precisamente, donde, según Bradley, hay que buscar la causa última del fracaso de las revueltas: un incremento incontrolado del número de rebeldes ha hecho imposible una dirección eficiente de la insurrección, abocada a su aniquilación ante las tropas de un Estado organizado y bien equipado, aunque-lento en sus reacciones. Precisamente a estas cuestiones del mantenimiento y articulación de las revueltas se dedica el último capítulo, «Maintenance of Rebellion», pp. 102-116.

De los tres apéndices mencionados, es especialmente interesante el primero, dedicado a las fuentes literarias: Diodoro Sículo (libros XXXIV-XXXVI), Plutarco (*Crass.* 8-11) y Apiano (*BC I* 16-120) son las principales, a las que hay que añadir algunas otras de menor entidad, como Cicerón, Orosio, Salustio, Livio, Velejo Patérculo, Floro o Eutropio. Precisamente en relación con el manejo de las mismas se puede plantear alguna objeción al autor. Ya en el Prefacio se queja éste de las dificultades que plantea su comprensión, «the inextricable nature of the sources» (p. IX). A decir verdad, Bradley se las ha arreglado bastante bien para solventar esa «intratabilidad» de los textos, logrando una reconstrucción válida y consistente de los hechos. Ello, sin embargo, no quita para que en alguna ocasión su interpretación

de las fuentes literarias se vea forzada por amor a su hipótesis de partida. Así, en pp. 32-33, a propósito de Cic. *Fam.* XIII 77, 3, en que Cicerón habla de un esclavo fugado tras haber expoliado la biblioteca que le había confiado, Bradley sostiene que la interpretación del despedido dueño «is of course one-sided and strongly prejudiced» (p. 33), y prefiere ver aquí un nuevo episodio de simple resistencia a la esclavitud; la explicación de Bradley me parece desproporcionada y, como poco, tan lastrada por los prejuicios como la de Cicerón: no hay forma de saber lo que pensaba realmente el esclavo, pero lo cierto es que ha huido después de haber «saqueado» la biblioteca de su dueño, no antes. Más adelante, en p. 60, se cita a Diodoro Sículo (XXXIV-XXXV 2, 25) y Floro (II 7, 2) en relación con el propósito de los rebeldes que participaron en la primera revuelta en Sicilia: según los historiadores, tenían la pretensión de ocupar toda la isla. Bradley reacciona con contundencia: no son más que «rethorical claims», cuya aceptación obligaría a reconocer en los rebeldes una estrategia definida, directamente encaminada a la formación de un nuevo Estado en la isla. Ciertamente, el miedo irracional que provocan este tipo de revueltas ha podido inducir a los contemporáneos y también a los historiadores que de ello escribieron a imaginar un peligro desproporcionado en relación con lo que realmente ocurrió. Ello, sin embargo, no obsta para que los rebeldes, en determinado momento, hayan podido pensar en ocupar toda la isla, a la vista de la buena marcha de los acontecimientos: tal idea, sin embargo, no exige pensar en un proyecto de creación de un nuevo Estado. El propio Bradley reconoce que no hay modo de saber cuáles fueron las verdaderas intenciones y propósitos de los esclavos, toda vez que nuestras fuentes están mediatizadas (p. 104). La dificultad se salva acudiendo a «the surviving evidence, together with the general pattern of slave resistance available for the Roman world» (*loc. cit.*), donde el autor encuentra apoyo para sus teorías. Igualmente, la necesidad de rechazar tajantemente toda idea acerca de la formación de nuevos Estados por parte de los rebeldes le lleva a negar en la embajada sacerdotal enviada por Roma en 133 a.C. a Enna cualquier implicación política: algo difícil de aceptar si, como el propio Bradley señala (p. 120), Deméter, divinidad venerada en el lugar, desde siempre se ha visto implicada en la política siciliana, a menudo en oposición a Roma; más aún, Euno, líder de la revuelta, ha acuñado monedas con la efigie y atributos de la diosa, y ese mismo año, la guerra ha provocado en Roma una gran carestía, con los consiguientes disturbios sociales y el asesinato de Tiberio Graco, tribuno de la plebe, de la que Deméter es, de hecho, una de las divinidades más emblemáticas...

Las objeciones planteadas podrían dar la falsa impresión de que la obra de Bradley es poco fiable en cuanto al planteamiento o en cuanto a su manejo de las fuentes: todo lo contrario. Al margen de diferencias de criterio de menor entidad como las señaladas (que, por lo demás, no afectan a lo esencial de su teoría), se trata de un libro de la mayor utilidad, confeccionado con un profundo conocimiento de las fuentes (tanto arqueológicas como literarias y epigráficas) y una envidiable claridad de ideas.

JOSÉ J. CAEROLS PÉREZ

SCOBIE, ALEX.—*Hitler's State Architecture. The Impact of Classical Antiquity*. Londres, College Art Association, 1990, 152 pp.

Hace un cuarto de siglo, cualquier estudio sobre la arquitectura hitleriana hubiera insistido, forzosamente, en su carácter retrógrado: sus formas monumentales cla-

sicistas, sus materiales «nobles», eran vistos como una vuelta anacrónica al pasado, en vivo contraste con la arquitectura racionalista moderna, que ya por entonces había logrado barrer las últimas huellas del neoclasicismo y de todos los historicismos.

Hoy, en cambio, tal enfoque ha perdido en buena parte su vigencia: tras varios lustros de arquitectura posmoderna, el lenguaje clásico, con sus órdenes y sus plantas canónicas, es considerado como una opción más, tan correcta como cualquier otra, y lo que interesa, más que el aspecto formal o constructivo del edificio, es el mensaje que consiga transmitir a sus contempladores.

En este sentido, el planteamiento del presente estudio está justificado por completo: en vano buscaremos en él una crítica basada en principios vanguardistas. Si la arquitectura nazi se basó en la romana imperial, lo único que cabe es analizar el significado de este lenguaje, y todos los aspectos denotativos y connotativos que se le quisieron imprimir. Y si alguien aduce que nos hallamos ante un enfoque banal, ya que es precisamente el análisis de contenidos el que predomina en la bibliografía sobre la estética hitleriana, bien podrá respondersele que, ante la pobreza formal de las obras estudiadas, esta visión sigue siendo la más fructífera para el investigador que se acerca a la plástica nazi.

El punto de partida constituye, creemos, uno de los elementos más interesantes del ensayo: se trata de una comparación entre los planteamientos político-estéticos del fascismo y los del nazismo. Para Mussolini, la elección de los modelos a seguir resultaba fácil —la arquitectura augustea en primer término, y tras ella los principales monumentos de la Roma imperial—, pero carecía de sentido oponerse frontalmente a las formas arquitectónicas del catolicismo e incluso a los movimientos de vanguardia; por tanto, podía permitirse una cierta libertad a los constructores. Para Hitler, en cambio, la situación era más compleja y tensa: una vez condenados el cristianismo y el arte «moderno», aún cabía discutir entre dos soluciones clásicas enfrentadas: por una parte se hallaba la tradición germana filohelénica —el culto al orden dórico que triunfaba desde el siglo XVIII—; por la otra, se presentaba el espíritu imperial vinculado a Roma. Como señala Scobie, el dictador germano se entregó, sobre todo en sus últimos años, a esta segunda opción, intentando superar, con su mismo lenguaje y técnicas, las grandilocuentes obras de los césares.

En varios capítulos, el autor analiza una serie de obras nazis (construidas o simplemente proyectadas), parangonándolas con sus precedentes romanos y con sus paralelos fascistas, y desentrañando así el mensaje que Hitler quería transmitir a los alemanes y al mundo entero. Los símbolos se muestran sencillos; las alusiones, directas, y el contenido, despótico y brutal, como lo fue ya en el arte romano. La sensación de ridículo que percibe el lector sólo procede de un hecho: el imperio romano construyó sus edificios cuando ya había conquistado el mundo, mientras que el Tercer Reich quiso invertir los términos.

Por lo demás, el libro es muy interesante, y se lee con suma facilidad: el autor, más que juzgar, prefiere —con cierta ironía de trasfondo— presentar las comparaciones pertinentes y, ante cada problema, deja a los protagonistas (Hitler, Mussolini, Speer, etc.) el uso de la palabra, mil veces más elocuente que cualquier comentario. Algunos pasajes, como el relato del viaje de Hitler a Roma en 1938, con sus visitas, ceremonias y comentarios periodísticos, resultan sumamente curiosos incluso para el historiador de la arqueología clásica. Y aunque parece un poco crudo ver comparado este acontecimiento con la entrada triunfal en la Urbe de «Charles V after his victory at Lepanto» (p. 24), se trata de un simple traspiés aislado entre muchos aciertos.

MIGUEL ÁNGEL ELVIRA

V. VARIA

Perspectives of Indo-European Language, Culture and Religion, vol. I. *Studies in Honor of* EDGAR C. POLOMÉ. *Journal of Indo-European Studies*, Monograph 7. McLean, Virginia, Institute for the Study of Man, 1991, 253 pp.

El primer tomo del Homenaje al profesor belga-americano E. C. Polomé (v. su biografía por M. A. Jazayery, pp. 7-11) agrupa artículos referentes a cultura, etnología y lingüística indoeuropeas, de lenguas históricas, particularmente anatolias, e historia de la ciencia.

El artículo de E. Lyle (pp. 38-63) trata, con una metodología novedosa en nuestros estudios y que debe mucho al antropólogo Dumont, sobre determinados aspectos relevantes para el método del estudio de la religión indoeuropea, en especial, que la sociedad que produjo la mitología indoeuropea debe ser considerada como un todo; en ella el individuo carece de la importancia que tiene en la sociedad occidental contemporánea. A un aspecto muy particular de la derivación de la tripartición de funciones duméziliana que encontramos en la sociedad europea medieval se dedica el trabajo de G. Jucquois (pp. 221-243), a saber, los tres votos propios del monacato occidental, castidad, pobreza y obediencia, corresponderían, en inversión, a las reglas de intercambio de personas, bienes y palabras, según el esquema formulado por C. Lévi-Strauss: toda forma de vida social está concebida bajo el prisma de la comunicación y del intercambio. «Actual», por así decirlo, en la medida en que no se dedica a aspectos prehistóricos más habituales entre nuestros estudios, es la contribución de W. Meid (pp. 244-253); se trata de una reflexión acerca de la labilidad de los conceptos de Estado, Nación, Raza, Lengua unitaria... y su repercusión para los estudios antropológicos; resulta muy poco impresionante para un lector español. A la inversa, de tema prehistórico, es el artículo de H. Thomas (pp. 12-37), en el que se reseñan los hallazgos arqueológicos recientes en Europa; propone que los indoeuropeos pueden ser asociados a la cultura *Gravettia Oriental*.

Los artículos más densos de esta obra colectiva son los dedicados a la lingüística comparada. V. N. Toporov (pp. 64-88) propone una idea muy original, a la que lamentamos no acompañe ni una sola referencia bibliográfica: el tema supletivo de los casos oblicuos del pronombre de primera persona, que reconstruye como **men-* (lo que constituye, sin duda, el punto más discutible de la argumentación), será la base de la conocida raíz **men-*, cuyo contenido semántico, la predicación del pensamiento y de las capacidades intelectivas del individuo, se identificaría con el concepto de «primera persona». Del máximo interés es el artículo de F. Villar (pp. 136-154) que contiene más de una propuesta de reconstrucción morfológica y etimológica: la forma más antigua del numeral 'dos' es **du-*, al que se añaden las desinencias de plural pronominal **-i*, **-oi*; plural y no dual, porque aquél es forzosamente más antiguo que éste, según confirma la tipología lingüística: no existe ninguna lengua con dual que no tenga plural; la forma **duei-* se origina seguramente a imitación de **tr-ei-* (segmentable como la forma original del numeral 'tres' más la desinencia de plural pronominal); la forma reconstruida tradicionalmente para 'dos', **duō(u)-* se habría originado tras la creación de la marca de dual. No falta una contribución destinada a comparar un étimo indoeuropeo, **swomb(h)o-* 'poroso', con otros paralelos del kartvélico, especialmente del georgiano, la de G. A. Klimov (pp. 111-116).

De los artículos dedicados a las lenguas históricas destacan los referentes a las lenguas anatolias, especialmente el de O. Carruba (pp. 155-181), en el que analiza

todas las formaciones anatólicas con el significado 'mujer'; su hipótesis más atractiva es la de reconstruir un par antiguo *Hner (gr. ἀνήρ) / *Hser > *-sor, anat. *assar, *Hsar-ā > gr. Ἥρα; se dedica también a la búsqueda de las soluciones de la raíz *g^{en}-eH₂: luv. wana-, etc.; especula sobre la etimología de *-wiya, ya venga de la raíz *g^eH₃-w 'vaca', ya del término *geu/gu-, sujeto a tabú en tanto que puede designar los órganos sexuales femeninos. H. C. Melchert (pp. 182-188) y J. Weitenberg (pp. 189-198) iluminan ciertos aspectos de nuestra comprensión de los textos hetitas. El primero reinterpreta el último párrafo del testamento de Hattusili I, mal entendido por sus editores canónicos, Sommer-Falkenstein, ya que no se trata de una parte del testamento, sino de una crónica «indiscreta» de la agonía del rey. El segundo determina el exacto valor jurídico de la expresión hetita 'convertirse en lobo': no es una simple metáfora, sino que se utiliza para describir la privación de los derechos personales previos; analiza también los posibles paralelos en otras lenguas indoeuropeas, ninguno de los cuales permite postular una base indoeuropea segura para la expresión. V. Shevoroshkin (pp. 117-135) da una serie de lecturas de inscripciones carias; propone que el cario es una lengua anatólica, relacionable de cerca con el luvita y el licio; lo que más le interesa es el arcaísmo del alfabeto cario, una adaptación muy antigua de los alfabetos semíticos meridionales y occidentales; echamos en falta referencias bibliográficas: lo único que encontramos es una mención a nuestro compatriota I. J. Adiego.

A las lenguas de la India se dedican las contribuciones de H. H. Hock (pp. 89-110) sobre el origen interjeccional de la sílaba sagrada sánscrita *om* y de K. R. Norman (pp. 216-220) sobre la expresión prácrita «tan raro como la flor de la higuera».

Referente a la historia de la lingüística indoeuropea es el artículo de P. Weiggers (pp. 199-215) en el que edita dos cartas enviadas a Meillet por Benveniste y Trubetskoy con motivo de la publicación del libro de aquél sobre el origen indoeuropeo de la métrica griega.

Quedamos a la espera de un segundo volumen que sea tan enjundioso como el reseñado.

JUAN ANTONIO ÁLVAREZ-PEDROSA NÚÑEZ

BRACCESI, LORENZO (ed.).—*Hesperia I*. Roma, L'Erma di Bretschneider, 1990, 140 pp.

Hesperia I es el primero de una serie de «cuadernos» que el Dipartimento di Antichità e Tradizione Classica, sezione storico-archeologica, de la Universidad de Venecia se propone publicar, de forma no periódica, con vistas al fomento de la discusión entre jóvenes universitarios «que hoy tienen el tema del helenismo occidental como objetivo primario de su actividad investigadora» (prólogo de L. Braccesi, p. 7). *Hesperia* concibe esta cuestión en su perspectiva más amplia, tanto en el plano del tiempo como en el del espacio: no sólo se ocupa de las zonas de directa colonización griega, sino también de sus aledaños; no se limita a determinados períodos de la Antigüedad, sino que considera en la misma medida las supervivencias culturales en épocas posteriores (Braccesi, *loc. cit.*). Su propósito: «intendere il concetto di greccità occidentale nella sua più vera dimensione totalizante: quella che non prescinde né dall'indagine sul mondo periferico, né dalla ricerca sulle interferenze fra aree lontane, né dalla riflessione sulle ricadute di singole sopravvivenze culturali» (L. Braccesi, *loc. cit.*).

Las cinco contribuciones que integran *Hesperia I* avalan las palabras iniciales del editor. Los temas abordados y la metodología empleada interesan a un número amplio de materias y especialistas: historia de Grecia y de Roma, historiografía griega, poesía latina, historia de las religiones. El marco geográfico, aunque centrado en el sur de Italia, se amplía en un caso hasta el desierto libio; el temporal abarca desde finales del VIII y comienzos del VII a.C. hasta los últimos años del I a.C. Algo, sin embargo, no queda dicho en el prólogo: por su calidad científica, estos trabajos interesan, tanto o más que a los jóvenes investigadores universitarios de que habla Braccisi, a los especialistas y estudiosos con años y experiencia a sus espaldas.

El primer estudio, «La fondazione di Siri ionica: problemi di cronologia», pp. 9-17, es obra de Nino Luraghi. En relación con la fecha de fundación de esta colonia de la Magna Grecia, los últimos trabajos optan, a partir de Hdt. VI 127 y Str. VI 1, 4, por una fecha en torno al 660 a.C. o ligeramente posterior. Luraghi aborda la cuestión en la idea de encontrar una explicación que se ajuste tanto a los datos de las fuentes literarias como a los de la arqueología, que documenta un asentamiento de comienzos del VII a.C. en la colina de Policoro. La solución pasa por aceptar que la tradición historiográfica griega ha cometido un error de datación, no en relación con la fecha de fundación de Siris, sino a la hora de fechar el reinado de Giges, con el que se identifica el inicio del dominio lidio en Asia Menor y, como consecuencia, la emigración y establecimiento de esta colonia. Luraghi propone, pues, una datación que se ajusta a la deparada por el material arqueológico: comienzos del VII a.C.

Flavio Raviole («La tradizione letteraria su Parthenope», pp. 19-60) se ocupa, igualmente, de fundaciones de colonias griegas en el sur de Italia. En este caso se trata de Neapolis, la actual Nápoles, y los asentamientos que la preceden. En relación con la tradición que habla de un primer establecimiento en el lugar llamado Parténope, que luego daría lugar a Neapolis, el autor plantea la existencia de una radical diferencia entre ambos asentamientos, que él considera fundaciones *ex nouo* en ambos casos, independientes la una de la otra. Su extenso análisis de las fuentes literarias (especialmente, Lutacio Cátulo *apud* Seru. *Ge.* IV 563 y Liu. VIII 22, 25; cf. también Lyc. 717 para el nombre alternativo de Faleros) y arqueológicas (asentamiento de Pizzofalcone, excavado en 1949) avalan esta idea.

De nuevo Nino Luraghi («Ricerche sull'archeologia italica di Antioco di Siracusa», pp. 61-87) se ocupa de problemas relacionados con el sur de Italia y la presencia griega en la zona, pero ahora desde la perspectiva de la historiografía griega. Luraghi estudia la obra del historiador Antioco de Siracusa (V a.C.), autor de una historia de Sicilia y una obra *Sobre Italia*. En relación con la segunda obra, aborda diversas cuestiones, algunas de ellas centrales en la discusión actual sobre la historia y la historiografía de la Magna Grecia y los primeros tiempos de la península itálica: el proceso de extensión geográfica de la denominación *Italia*, las primeras poblaciones indígenas que conforman el territorio itálico y su evolución, el proceso de formación de Italia «en dos tiempos», con una «primera Italia» vinculada al rey enotrio Ítalo (la *ἀρχαία Ἰταλία* de Str. V 4, 13) y una «segunda Italia» que marca los límites territoriales propios de la colonización griega. Luraghi detecta en el historiador siciliano una tendencia a valorar en exclusiva el elemento indígena frente a lo griego, así como cierta inclinación filo-tarentina y, por ende, filo-espartana.

Marta Zorat («Atene e il santuario di Ammoné (per una storia delle relazioni greco-libiche)», pp. 89-123) estudia algunos episodios especialmente importantes de las relaciones entre Atenas y el santuario de Zeus Amón en el oasis libio de Siwa. Aparentemente, según Zorat, una de las grandes familias de Atenas, la de los Céri-

ces, ha sido la primera que ha trabado contacto con el santuario, gracias, sobre todo, a las privilegiadas relaciones de proxenia que mantiene con la ciudad de Esparta, donde el dios goza de especial veneración. Posteriormente, sendos líderes de la ciudad, Cimón y Alcibiades, recurrirán al oráculo, con fines evidentemente propagandísticos, antes de iniciar otras tantas expediciones, aquél a Chipre, contra los persas, éste a Sicilia: la posibilidad de tales consultas y su previsible buen resultado estaban garantizados gracias a las relaciones que unen a ambos con la familia de los Cérices.

Para acabar, Alessandra Coppola («Diomedea in età augustea. Appunti su Iullo Antonio», pp. 125-128), desentraña un conocido pasaje de Horacio (C. IV 33-36) en el que éste anima a Julo Antonio, hijo de Marco Antonio, a que cante el regreso de Augusto de su campaña contra los sigambros (16-13 a.C.). El comentario del Pseudo Acrón al pasaje aporta la noticia de que el interlocutor de Horacio había compuesto una gran *Diomedea* en 13 libros. Según Coppola, es éste un poema destinado a rehabilitar la figura del gran héroe griego (y por ende, la de su padre, que hizo del elemento helénico y oriental el santo y seña de su enfrentamiento con Augusto) frente al troyano Eneas impuesto por Virgilio y, en último término, por el Príncipe. De hecho, Julo Antonio habría participado en un movimiento de oposición a Augusto que acabará en desastre con ocasión de los sucesos del año 2 a.C., a raíz de los cuales la propia hija del Príncipe, Julia, será confinada en una isla y Julo Antonio encontrará la muerte (cf. Vell. II 100, 4; Tac. *Ann.* IV 44; D. C. LV 10, 15).

Tales son los trabajos que conforman *Hesperia I*. Como bien puede verse, todos ellos aportan propuestas novedosas, apoyadas siempre que ello es posible en un análisis conjunto del material literario y arqueológico. De ahí que su lectura sea obligada para los especialistas en los campos que aquí se abordan.

JOSÉ J. CAEROLS PÉREZ

ΦΙΛΟΦΡΟΝΗΜΑ. *Festschrift für MARTIN SICHERL zum 75. Geburtstag.* Von Textkritik bis Humanismusforschung. Herausgegeben von DIETER HARLFINGER. Paderborn, Ferdinand Schöningh, 1990, 389 pp.

Como *φιλοφρόνημα* o acto de amistad, he aquí este importante homenaje a Martin Sicherl con motivo de sus primeros setenta y cinco años de vida. Amplísimos son los márgenes dentro de los cuales se ha movido la actividad filológica de Sicherl, como podemos ver fácilmente si consultamos su bibliografía («Verzeichnis der Schriften von M. S.», pp. 11-17 del tomo), atenta a los temas más diversos: magia, astrología, textos y temas neoplatónicos, tradición y crítica textual, codicología y paleografía, Humanismo, recepción de los autores clásicos en la Italia y en la Alemania renacentistas, Yámblico, Miguel Pselo, Marsilio Ficino, Aldo Manucio, Marcos Musuro, Juan Cuno, estudio crítico del texto de San Gegerio Nacienceno, etc. En España, Sicherl ha publicado hasta la fecha «Ein übersehener Iamblichos-Codex» (*EMERITA* 28, 1960, pp. 87-92), «Los comienzos del Humanismo griego en Alemania» (*EC* 10, 1966, pp. 273-299), «El paraclausíforo en Teócrito» (*BIEH* 6, 1972, pp. 57-62) y «Cuestiones de primacía en la fábula antigua» (*Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid 1978, pp. 249-254). Parece, pues, completamente lógico que haya presencia española en este volumen de homenaje, aunque no todo lo nutrida que hubiésemos esperado: Félix Piñero («A propósito de una nueva edición de las

Argonáuticas Órficas», pp. 27-36) y Antonio Bravo («Sobre algunos manuscritos de Manuel Glynzúnio en la Real Biblioteca de El Escorial», pp. 313-331), dos filólogos puros y duros, han sido los representantes de la Filología Clásica española a la hora de festejar a ese otro gran filólogo por antonomasia que es Martin Sicherl.

Junto a ellos se dan cita en *ΦΙΛΟΦΡΟΝΗΜΑ* otros muchos nombres ilustres, entre los que me gustaría destacar aquí, dentro del excelente tono general, a Miroslav Marcovich («Textual Criticism», pp. 19-26, con notas críticas sobre el *De mundo* del Pseudo Aristóteles, sobre la *Suda* y sobre unas *Sententiae a Ioanne Georgida Monacho collectae* de la primera mitad del siglo IX y editadas por P. Odorico, Viena 1986), a L. G. Westerink («Das Rätsel des untergründigen Neuplatonismus», pp. 105-123), al editor del libro, D. Harlfinger («Ptolemaios-Karten des Cyriacus von Ancona», pp. 225-236), a Jean Irigoín («Marc Mousouros et Pindare», pp. 253-262, en colaboración con Brigitte Mondrain) y a G. J. M. Bartelink («Der Latein- und Griechischunterricht an der Lateinschule einer niederländischen Provinzstadt», pp. 333-345). Clausuran el tomo, pulquérrimamente editado, un índice de nombres propios y otro de manuscritos citados.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

A.A. V.V.—*Tradizione dell'antico nelle letterature e nelle arti d'Occidente. Studi in memoria di MARIA BELLINCIONI SCARPAT*. Roma, Bulzoni Editore, 1990, 663 pp.

Este volumen rinde homenaje a una mujer prematuramente desaparecida, M. Bellincioni Scarpat, eminente traductora, comentarista y estudiosa de los textos clásicos, cuya trayectoria constituye todo un ejemplo de integración entre filología y pensamiento, entre palabras e ideas, capaz de desplazarse con rigor y sutileza poco común desde el detalle en la interpretación de un pasaje a la discusión de los grandes problemas políticos o filosóficos subyacentes. Traductura al italiano de las grandes obras sobre el pensamiento antiguo de M. Pohlenz, su quehacer ha dejado como fruto excelentes trabajos originales realizados en la Universidad de Parma, trabajos que van desde la colaboración en la *Enciclopedia Virgiliana* y la huella clásica en la literatura alemana —de la que era profunda conocedora (recuérdese su célebre ensayo sobre Hofmannstahl, *Carceri del pneuma*, Brescia 1984)— hasta sus autores predilectos, Cicerón y Séneca, a los que dedicó ediciones, traducciones y estudios destinados a desentrañar las motivaciones intelectuales, políticas y sociales de sus obras. Merece la pena invitar a la relectura de sus penetrantes estudios sobre el término *persona* de Cicerón a Séneca, o sobre los problemas de la *sapientia* y la ética del poder en estos mismos autores (recogidos en sus *Studi Senecani e altri scritti*, Brescia 1986), o el volumen *Struttura e pensiero del Laelius ciceroniano* (Brescia 1970), donde ya se manifiesta una de las principales conclusiones de sus estudios sobre el Arpinate: la visión unitaria de Cicerón como hombre, filósofo y estadista.

Como reconocimiento a su entrega a estos estudios se publica, en colaboración con la Universidad de Parma, este volumen misceláneo de excelente factura, que incluye, tras una breve semblanza de M. Bellincioni a cargo de G. Allegri, 49 artículos de otros tantos estudiosos —principalmente italianos— que abundan en distintos aspectos del mundo clásico y su incidencia en la tradición posterior, tratados, en general, con rigor y seriedad.

Dada la heterogeneidad de los trabajos, vamos a agruparlos en torno a las prin-

cipales áreas temáticas que abordan para comentar brevemente los artículos que nos han resultado de mayor interés.

Entre los estudios sobre la interpretación de textos clásicos, destaca el trabajo de P. Grimal titulado «Réflexions sur les *Paradoxa Stoicorum* de Cicéron», donde pone de manifiesto la peculiar manera que tiene el Arpinate de recuperar a Catón y, a través de él, el pensamiento estoico, en el contexto del enfrentamiento con César. También hay que subrayar el fino —pero discutible— análisis musicológico de L. Zanoncelli sobre la interpretación de *summa e ima uoce* en la *Sat. I 3*, vv. 7-8 de Horacio.

Escasos son los estudios de sintaxis. El único reseñable es el de C. Milani, sobre el ablativo absoluto en los *Itineraria ad loca sancta*.

La tradición de motivos clásicos en la misma antigüedad, con los interesantes problemas de intertextualidad que ello suscita, tiene cabida en el trabajo de D. Nardo sobre el tratamiento que Cicerón y los autores cristianos hacen del famoso verso 77 de *Heaut.* de Terencio; o en el trabajo de G. Barabino sobre la *auctoritas* de Cicerón en los gramáticos tardoantiguos.

Las relaciones entre la antigüedad clásica y la literatura cristiana tienen amplia presencia en el libro, en trabajos elaborados desde muy diversas perspectivas, como los de P. Serra Zanetti, S. Timpanaro, U. Mattioli, L. Allegri y V. A. Sirago, sobre la ideología de la Roma cristiana del siglo v.

Los estudios de tradición clásica presentan un abanico bien diverso tanto en cronología como en temas y planteamientos. La tradición medieval se halla representada por los trabajos de A. Calzona, sobre un monumento medieval de Virgilio en Mantua, y de D. Trolli, sobre la fortuna de Vegecio en los siglos XIII y XIV; la época renacentista cuenta con estudios como los de F. Ghizzoni, B. Zucchelli o G. Solimano; al s. XVII se dedican los estudios de G. Chiappini sobre «Francisco de Quevedo e alcuni riferimenti a Marziale», o de C. Gallico, relativo a la fortuna de Virgilio en la música de D. Mazzocchi; los estudios de tradición clásica llegan hasta la literatura y el pensamiento contemporáneo, con los sugerentes trabajos de A. Ohlendorf sobre elementos clásicos en Thomas Mann, C. Biondi y F. Bonali Fiquet (ambos sobre Marguerite Yourcenar) y E. Narducci, quien intuye una curiosa analogía entre la conocida frase de Adorno en contra de los espectáculos cinematográficos en una sociedad masificada, en sus *Minima Moralia* «aus jedem Besuch des Kinos komme ich bei aller Wachsamkeit dümmer und schlechter wieder heraus» (*Gesammelte Schriften*, Bd. 4, Frankfurt a. M. 1980, p. 26) y la *epistula VII* de Séneca, donde éste subraya el efecto pernicioso para el individuo que representa el contacto con la multitud, ejemplificándolo con la psicología del espectador en los juegos circenses (*Ep. VII 2*). Evidentemente, se trata de un paralelismo de ideas —con alguna afinidad en la expresión, como apunta Narducci— que no implica una influencia directa, dada la existencia de múltiples intermediarios a lo largo de la historia que han tratado, con distintos matices, una idea parecida.

ANTONIO MORENO HERNÁNDEZ